EL SILENCIO DE MAI



MERCHE MALDONADO

EL SILENCIO DE MAI

MERCHE MALDONADO

Título: El silencio de Mai
©2021 Merche Maldonado
Corrección: Héctor H.López
Diseño de la cubierta: Mónica Gallart

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

La verdad puede ocultarse en la intrínseca oscuridad y parecer velada tras una cortina de hollín y, aun así, resurgir osada y feroz. Todo empezó por un silencio.

Al abrir la puerta, empapada por la lluvia, percibió el cansancio de una dura jornada. Los músculos de los brazos descargaron una suave flojedad que, por inercia, provocaron que el maletín se escurriera de sus dedos hasta topar con el suelo, mientras las fosas nasales se abrían ante el intenso olor a cerrado. Un bufido estéril pretendió apartar un rizo caoba aplastado en su frente, seguido del movimiento de ojos suplicantes alzados al techo. Las manos abatidas acompañaron la estela reflexiva para, en unos segundos, deshacer el embrujo y palmotear su cuerpo en un intento de acabar así con la humedad impregnada en su ropa.

Al mirarse las palmas mojadas, contempló absorta su menudo contorno. Se sentía fuerte pese a su apariencia. Pronto cumpliría los cuarenta años. Medía uno sesenta y seis, de apariencia delgada y orejas más prominentes de lo que quisiera.

Al echar un vistazo al interior reparó en la fotografía de sus padres que reposaba en un mueble. Recordó su trasiego por los diferentes colegios exclusivos que el segundo marido de su madre profirió a su educación en cuanto se casó. Después pasó el relevo al tercero que, como ya tenía la mayoría de edad, se esmeraba en pagarle el alquiler para alejarla de su convivencia matrimonial. Desconocía cuál de ellos era más adinerado, pero ninguno reparó en gastos.

Siempre fue una alumna privilegiada y se enorgullecía de ello. Pudo estudiar dos carreras, aunque el pago personal de la interinidad había hecho mella en su carácter poco sociable. Quizá fuese esa la razón por la cual tenía tan poco nexo con su madre. Suspiró ruidosamente al preguntarse, como en tantas ocasiones, si fue una hija deseada.

En un arrebato de valentía, asió el bulto marrón que descansaba a sus pies y, después de cerrar la puerta a su paso, lo acomodó encima de la mesa. Mientras se dirigía hacia la cocina se desprendió del abrigo para liberarlo en una silla. Lo siguiente fue abrir la nevera, escasa de alimentos, lo que le provocó un quejido. Ante su sorpresa, al remover un cartón de leche calculó que quedaba algo de contenido y lo dejó encima del mármol. Después se dirigió hacia un armario. Al abrirlo, dijo:

—No hay azúcar. Mai, menudo plan para desconectar de la morgue.

Se refregó las manos y sopló en ellas en varias ocasiones. Al girar sobre sí misma, atisbó soledad. Vivía en la segunda planta de un edificio antiguo del Paseo de Gracia. Lo que más le gustaba eran los techos altos y, lo que menos, los grandes ventanales del comedor, a escaso margen del suelo, dando a un patio interior. A pesar de la alegre cortina, la impresionaba creerse expuesta.

El sonido tintineante del teléfono le hizo girar la cabeza y acelerar sus movimientos hasta alcanzar el aparato. Descolgó el auricular.

—¿Mamá?

—Hola, Mai. Soy Nina. Te has ido tan disgustada del trabajo que estaba preocupada. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

Consiguió sentarse en una silla cercana y coger aliento. Pronto se recompuso del sobresalto y, retorciendo un mechón de cabello húmedo con el dedo índice, sonrió:

—Hola, Nina. Estoy bien. No te preocupes por mí. Pero, no me hacían falta vacaciones. Debo hacer méritos para poder ser inspectora de homicidios. Es un tiempo perdido.

—Sí las necesitas. Estás obsesionada. ¿Cuántas noches has dormido en la sala de descanso por no perderte ninguna práctica del equipo? ¿Sabes?, eres buena en tu trabajo. Estudiaste medicina forense y fuiste la mejor de tu promoción. ¡Por Dios, Mai!, tienes cualidades.

—Lo sé, pero quiero estar ahí fuera, donde reside la actividad. Quiero ayudar a los vivos, no a los muertos. —Observó la ventana con la mirada perdida, puesta en la luna—. Si tuvieras la oportunidad de pedir un deseo y se cumpliera, ¿qué desearías?

—Cuidado con los sueños, Mai. Cuando los alcanzas, dejan de ser sueños. Muchas veces, más de las que te imaginas, he llegado a pensar de la misma manera. He deseado aventuras en mi día a día en vez de diseccionar cuerpos inertes y yermos. Pero no me quejo. Era mi sueño. Ahora soy una reputada médica forense.

—Y yo una policía científica en prácticas, sin mi consentimiento.

—Tenía ideas que, ahora, después de haber logrado llegar alto, nadie escucha. ¿Sabes cuántos cuerpos desaprovechados hay, inconclusos con piezas sanas que bien podrían servir a otros y salvarían vidas si se donaran más órganos?

—¿Cómo dices?

—Nada, olvídalo. Acabo de practicar la autopsia a un niño y es muy duro. Por eso mismo lo digo: no te agobies. Serán unos meses, un año como mucho. Como bien dices, conseguirás los méritos. O puede que algún alto cargo te recomiende. No hay otra posibilidad.

—Lo sé. Siento mucho que estés afectada. Por eso mismo quiero salir de un sótano y ver la luz.

—No te impacientes. Llegará.

Hubo un silencio entre las dos mujeres. Fue Nina la que se adelantó titubeando:

—Bueno, relájate y descansa. Haz vida social, conoce a tus vecinas, cocina, lee novelas que te distraigan. Ve de compras; lo que sea.

—Tienes razón, Nina. Siempre la tienes.

—Te echaré en falta.

—Ah, ¿ahora dices que me extrañarás? Sí lo que quieres es perderme de vista.

Rieron las dos.

—Hacemos una cosa: quedamos el viernes que viene y te invito a una copa.

—Pero ¿no trabajas ese día?

—Sí, pero saldré antes. Es mi cumpleaños.

—Estupendo. Me encantará celebrarlo contigo.

—Te llamaré para quedar. Ya me dirás las señas de tu piso secreto. En tu ficha está el de tu madre.

—No lo es —se le escapó una risa nerviosa—, solo mi refugio para estar en soledad y pensar sin interrupciones.

—Vale, como prefieras —hubo un silencio incómodo—. Mai, pásalo bien. Verás la vida de otro color. El estrés te puede perjudicar más de lo que piensas. Soy tu responsable, y debes hacerme caso.

—Vale, jefa.

Colgó el teléfono con movimientos lentos. Frunció el ceño al cambiar la mirada hacia la

puerta cerrada:

—Seguro que mi vecina tendrá azúcar. Sería una buena oportunidad, como dice Nina, de integrarme en mi comunidad. No le importará darme un poco. —Cogió una taza de la alacena—. Aunque —posó el dedo índice libre sobre los labios— no sé ni cómo se llama. ¿Será tarde para que una amable chica, policía en prácticas, ausente de la convivencia vecinal, pida un poco de azúcar a una amable mujer?

Con un suspiro de conformidad asió la pieza de porcelana y fue al descansillo. Estaba oscuro; el fluorescente del ascensor titilaba y emitía chasquidos. Solo faltaban unos pasos hasta llegar a la puerta frente a la suya, pero el corazón se le aceleró. Tomó aire y avanzó hasta pulsar el timbre.

Unos ladridos la asustaron, provocándole un respingo. Lo siguiente que escuchó fue unos pasos torpes. Se detuvieron justo al otro lado de la puerta. Un sonido metálico indicó que la mirilla se abría sin disimulo:

—Buenas noches. Soy Mai Sola, su vecina. Perdone si la molesto a estas horas, pero me he quedado sin azúcar y he pensado que —se silenció al notar los pasos alejarse y quedó pasmada—… ¡No es posible!

Con inquietud, esperó removiendo los pies sobre el pavimento. Prestando interés a la placa de la puerta, susurró el nombre: «Luisa Poveda Alcina». Pasaron unos segundos y nadie abrió. La taza estuvo a punto de escurrirse de sus dedos al volver las palmas de las manos hacia arriba. Dio media vuelta y fue hacia su piso arrastrando los pies.

—Muchas gracias, jefa y consejera —balbuceó, cerrando la puerta con llave de malas formas—. Nina, no debería de haberte hecho caso. No tengo tanto estrés como para tomarme unos días libres en esta cárcel —bufó.

Después de calentar un vaso de leche, lo tomó con gesto de poco agrado:

—Es lo que hay. Mejor será intentar dormir, ya mañana iré a la compra.

Así lo hizo. Sin embargo, con el cabello todavía humedecido y el golpear de la lluvia en la ventana, le costó coger el sueño.

Estaba inquieta al retener dentro de su cabeza los sonidos de una sierra cortando un pecho humano. Lo reconocía bien. Parecía estar escuchando una autopsia como si estuviese pasando justo al otro lado de la pared.

Con los ojos cerrados fue reviviendo los diferentes procesos de vaciado de órganos, tal como lo había visto hacer en numerosas ocasiones. Pero algo fallaba en su cálculo: el sonido del instrumento cortante proseguía. Su mente le jugó una mala pasada al iniciar amputaciones y trocear el cuerpo hasta hacerlo picadillo.

Esa imagen era demasiado horripilante incluso para ella. No se asustaba con facilidad, pero esto le dio repelús. Un trueno provocó que abriera los ojos. La oscuridad parecía reconfortarla de una pesadilla, hasta que otro estruendo resonó en la estancia.

Se removió en la cama de forma brusca hasta encontrar la postura adecuada para devolver a su cabeza una imagen reconfortante.

—¡Basta ya! Debes olvidarte del trabajo.

Ese pensamiento, acompasado del aguacero que parecía desplomarse en su ventana, propició un sueño profundo.

2

Comenzó el primer día libre recorriendo las tiendas de cercanía. Era sábado y pensaba exprimirlo al máximo. Últimamente no se permitía tener una pausa los fines de semana ante el abundante aprendizaje que pretendía absorber en tan poco tiempo. «Puede que Nina tenga razón y me merezca un paréntesis», pensó suspirando.

Había escampado y agradeció que el tiempo le diera una tregua. Observó con gran interés una cantidad inusual de carteles de desaparecidos de edad avanzada colgados por el barrio, descoloridos por el tiempo. Al entrar en la carnicería decidió preguntar a la empleada:

—Hola. Un par de entrecots, por favor. —Señaló una pieza de carne con la mirada. Luego desplazó la vista hacia la cristalera que daba a la calle—. ¿Sabe quién es toda esa gente en los carteles? Están por todas partes.

—¿Se refiere a los desaparecidos? La policía está investigando, pero, según dicen algunas vecinas, son ancianos que han perdido la lucidez y no recuerdan cómo regresar. Es una pena.

—Desde luego, y a la vez extraño.

Hubo un silencio dedicado al laborioso corte de la pieza rojiza. Mai parecía estar hipnotizaba con cada resurgir del líquido rojizo. Relamiéndose ensimismada, pensó en el festín que se daría al llegar a casa, hasta ser interrumpida por la dependienta:

—Creo que se han marchado sin decir nada. Cuente que muchos de ellos tendrían un buen subsidio y vivirían solos. A saber si están viajando fuera del país.

—Es posible.

Al salir, caminó ensimismada durante unos minutos; después, tuvo que volver para completar su abastecimiento. Casi se olvida del azúcar, pero lo cogió antes de hacer cola en la caja del supermercado.

Con la compra lista, se sintió fatigada. Dudó si debería ir a la comisaría y preguntar de buena mano por los sucesos u olvidarse de su mente inquieta de misterios por resolver. Emitió un ruidito de intriga seguido de un chasquido de su lengua contra el cielo de la boca. Dio media vuelta y se dirigió hacia su hogar.

A medio camino la atrajo el aparador de una perfumería. Mostraba un gran surtido de maquillajes. Alzó los hombros y entró sin demora. Fue directa hacia el expositor de pintalabios y cogió uno rojo.

—Hola ¿puedo ayudarla en algo? —escuchó de la dependienta.

Dejó el producto que llevaba en la mano en su lugar correspondiente centrándose en su cometido:

—Quería un regalo para una amiga muy especial.

—De acuerdo. ¿Había pensado en algo en particular?

Negó con la cabeza.

—Si conoce su perfume, podría ser una alternativa.

Volvió a negar.

—Tenemos…

—No usa perfume en el trabajo, ni maquillaje, está prohibido; pero una vez mencionó que la encanta el aroma a jazmín.

—Estupendo. Tengo lo que necesita.

Una vez elegido el regalo perfecto, en un arrebato, volvió al aparador del inicio y cogió el pintalabios rojo, añadiendo un pintauñas del mismo tono. Sonrió satisfecha.

—También me llevo esto —dijo Mal con brillo en sus ojos.

Antes de salir del establecimiento, un anuncio colgado cerca de la puerta llamó su interés. Preguntó:

—¿Clases de cocina para vampiros?

—Sí, sí. Es de una vecina del barrio. Tiene un centro para elaborar recetas de carne cruda en el local de al lado, poco hecha y todo eso. A mí me repugna, pero hay gente fascinada con ese tipo de cosas.

Interesante, pensó.

—Coja una pestaña si quiere, donde está el teléfono. Me parece que el lunes empieza una nueva receta. Ya sabe, algo de «Steak Tartar».

Miró de reojo a la empleada para asegurarse de que estaba distraída ordenando una serie de productos antes de alargar la mano y coger un papelillo del anuncio para guardarlo con rapidez en su bolsillo. Salió sin decir nada.

Cruzó el patio cargada de bolsas. Al entrar por el portal titubeó mirando las escaleras y decidió subir en el ascensor, cuando algo la distrajo: una mujer arrastraba un carro de la compra demasiado grande y pesado, parecido al de los repartidores de publicidad. La miró de reojo para no molestarla, sintiendo el deber de ser amable con su vecindad. La sorprendió su aspecto de avanzada edad, calculó de unos setenta años, con el cabello impoluto, como si hubiese salido de la peluquería, y vestida con traje de chaqueta y un abrigo encima. No le cuadraba. Aun así, encogió los hombros cuando la vio desaparecer por la salida sin haberle dirigido un saludo o una mirada.

Sin más demora, se encaminó hacia el ascensor. Al entrar apretó el botón del segundo piso y esperó. Estaba a punto de cerrarse cuando apareció una mano activando los sensores de la puerta metálica. Era una anciana portando un pequinés en el brazo libre. Eso le sugirió que podría ser su vecina Luisa, pero no se atrevió a saludarla como tal hasta asegurarse de estar en lo cierto. Lo menos deseado era empezar su primera semana libre con un tropiezo. La mujer tampoco dijo nada, solo comprobó el botón de su planta. Estaba accionado y miró hacia otro lado.

Siempre la habían puesto nerviosa los silencios en lugares cerrados y, sin darse cuenta, el subconsciente la traicionó:

—Buenos días —expresó Mai con amabilidad inquieta.

—De buenos nada —dijo la anciana, malhumorada—. No he podido pegar ojo. Alguien se encargó de desvelarme tocando el timbre a altas horas de la noche. Parece mentira que exista gente tan desconsiderada.

Al acabar la frase, la vecina entrecerró los arrugados ojos encarándolos con los de Mai. Murmuró unas palabras ininteligibles para su acompañante, aunque parecía que al pequinés lo intimidaron, porque metió la pequeña cabeza en la axila de la septuagenaria.

A Mai le dio miedo. Sobre todo, el gesto de odio expresando toda su rabia. Pensó que era una vieja amargada y bajó la mirada. El trayecto se hizo largo, pese a las pocas plantas, por el envejecido engranaje del elevador. Al llegar, Luisa, adelantando a la chica, casi arrollándola, desapareció por la puerta frente a su piso, mientras que a ella le costó salir del ascensor por el peso que llevaba y el desencanto acontecido. La puerta cerró a su paso.

Empezaba mal su trato vecinal. Con los hombros derrotados, cargando varias bolsas en ambas manos, apenas pudo dar varios pasos cuando una chica que arrastraba una maleta pequeña se dio de bruces con ella. Pese al susto, se alegró de ver gente más joven a las conocidas vecinas.

—Lo siento —dijo Mai avergonzada.

—No te preocupes. Ha sido por mi culpa. Siempre voy corriendo y no miro por dónde paso —contestó la mujer con acento alemán, deteniendo el equipaje. Examinó las bolsas que llevaba. Al darse cuenta de que posiblemente vivía en su mismo edificio, le dedicó una sonrisa—. Hola, me llamo Sigri.

—Mai. Me llamo Mai Sola —Adelantando su torso, se acercó a su vecina para darle un beso en cada mejilla y el gesto fue correspondido.

—Encantada. ¿Eres nueva en el bloque?

—No, no. Vivo aquí desde hace unos meses —Al darse cuenta de su comentario, cambió el talante serio por una sonrisa, relajando los músculos de los brazos mientras dejaba las bolsas en el suelo—. Lo que pasa es que no paro mucho por aquí. Hago horas interminables en el hospital y vengo bien caída la noche, por eso no me habrás visto.

—Debe ser eso, aunque también me ausento mucho. Soy azafata y casi siempre estoy volando. Ahora vengo de París y mañana voy a San Francisco. Es un no parar.

—Es un trabajo muy interesante. Hasta empezar en el hospital no he tenido tiempo de viajar.

—¿Eres doctora?

—Policía científica. Bueno, en prácticas.

Un escalofrío hizo que la azafata agarrara el asa de su maleta. Dijo con los ojos engrandecidos:

—Parece complicado. Aunque bien pensado, tus pacientes no se quejarán. —Las dos mujeres rieron—. Perdona, debo descansar. Hablamos otro día.

—Por supuesto. Me he cogido unos días libres. Espero poder encontrarme contigo a tu vuelta.

Después de asentir con la cabeza, la azafata se desvió hacia el final del pasillo, con un contoneo atrevido y haciendo eco con sus tacones en el pavimento. Entró en un piso ante la atenta mirada de Mai, hipnotizada hasta cerrar la puerta tras su paso. Cargada de provisiones, suspiró una vez dentro del hogar.

—¡Menuda suerte! Una vecina simpática y se va mañana. En fin.

Tras guardar la compra, le dedicó un lugar especial al regalo de Nina en el mueble del comedor, junto a la foto de sus padres. Sin poder resistirse, agarró la imagen y acarició de forma pausada la cara impresa de su progenitor, para luego colocarlo en su lugar con mucha delicadeza.

Sus dedos se tensaron para mostrar las uñas cortas y perfectas. Un ruidito surgió de su boca antes de dirigirse hacia su compra en maquillaje. Sin demora, fue al aseo y se miró al espejo. Observó su rostro limpio.

—Vamos, un cambio de imagen no te hará daño.

Sus labios quedaron perfilados en rojo ante su atenta mirada. Con delicadeza los frotó de arriba abajo y chasqueó satisfecha. Lo siguiente fue encarnar las uñas, tanto de las manos como de los pies, y dejarlas secar sin moverse un ápice para no estropear su laborioso trabajo.

Una vez estuvo lista, poniéndose el delantal, dejó caer un entrecot en la sartén caliente con un poco de aceite. El chisporroteo la hizo salivar. En unos segundos apagó el fuego. La carne solo se había calentado en el interior y por fuera adhería una fina capa ocre.

La mesa estaba puesta para dos comensales, aunque solo ella disfrutara del placer de la comida. Al colocar su plato, el jugo rojizo emanado le hizo perderse en su mundo interior. A mucha gente le provocaría rechazo lo que estaba a punto de zamparse, pero a ella no. La

fascinaba. En medio de su ritual de diseccionar un trozo de carne para introducirlo en su boca y degustar con placer su merecido manjar, recordó las palabras de su jefa: «Nunca he conocido a nadie que no se descomponga y vomite en su primer día de autopsia». Suspiró con intensidad y siguió con su laboriosa tarea de alimentarse.

Cuando hubo terminado, quedó un rato absorta en el plato vacío, aunque manchado de rojo. La sangre nunca la afectó, más bien sentía un encantamiento extraño desde que era pequeña. Su padre la comprendía porque eran seres iguales, al menos en ese aspecto; a su madre, en cambio, la repugnaba. Intentaba mirar hacia otro mientras su marido e hija disfrutaban.

Por inercia, volvió la mirada hacia el mueble y fijó sus ojos en la imagen de sus padres. Dijo:

—Mañana iré a verte. Con un poco de suerte, como será domingo, él estará en misa.

El sonido de un trueno proveniente del exterior la sacudió y erizó su piel como una señal de que no iba a ser nada fácil.

3

Al entrar, la invadió un olor a dulce, parecido a las flores marchitas de una sepultura. El silencio se esfumó, al igual que su ensimismamiento con el sonido de una tos varonil y menuda.

—Hija, ¿ya estás aquí? Cierra la puerta con llave.

Entró abatida ante la pregunta que escuchaba cada vez que venía a visitar a su madre.

—Sí, mamá. Ya estoy aquí —dijo con retintín y poniendo los ojos en blanco.

Cerró con llave. Al dejarlas puestas en la cerradura, recordó las muchas manías de Dante: «de día en el cenicero de la entrada y de noche insertadas en la puerta». Puso cara de asco al imaginar, trasparentada a través de la pared, la figura balanceada del tercer marido de su madre: un anciano que parecía haber tejido hilos por todos los rincones de la casa, controlador y maniático, a la vez que pendido de un frágil hálito de vida.

Apuñó la llave con rabia hasta posarla en el cenicero con aparatosa meticulosidad. Al entrar, se dirigió a Paula y le dio un beso tenue en la mejilla, que apenas notó al retirar la cara en seguida. Miró a Dante sorprendida, reposando en la mecedora y con una sonrisa forzada. Lo besó también de igual manera.

Las dos mujeres se sentaron en el sofá. El ambiente enrarecido parecía inquietar a la visitante. Fue Paula la que comenzó la charla al fijarse en el nuevo aspecto de su hija:

—Vaya, qué sorpresa. Te has maquillado.

—Bueno, solo un poco. Y tú has ido a la peluquería —dijo con retintín.

—Dime, ¿tienes novio?

La anciana la miró con intensidad esperando una respuesta positiva. Pero cambió la sonrisa al ver a su hija chasquear la lengua, desviando la mirada hacia el hombre que observaba impasible por la ventana.

—No, mamá. —Mordió su labio inferior—. No tengo tiempo para eso.

—¿Cómo te va el trabajo? —dijo Paula cambiando de tema.

—Bien, aunque estoy todo el día encerrada a la espera de acabar las prácticas y poder pertenecer a un equipo de investigación.

—Hija, búscate otro trabajo —dijo paciente—. Siempre has sido muy lista.

—Es un buen empleo, mamá —contestó Mai resoplando.

—La policía es trabajo de hombres. —La anciana se dirigió a su marido—. ¿Verdad, Dante?

—Claro, en los tiempos de Franco no dejaban a las mujeres arriesgarse en esos temas. Lo suyo es la enfermería y la casa.

Sin pretenderlo, Mai chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia el suelo. Balanceó la cabeza de lado a lado antes de atreverse a responder:

—Dante, eran otros tiempos.

Observó el mueble donde reposaba el carné franquista que Dante exhibía enmarcado entre todos los rancios objetos que lo secundaban.

—Hija, estás desperdiciando tu vida. Piensa en el futuro. Sal por ahí con las amigas, búscate un buen chico y arregla la casa. Conociéndote, lo tendrás todo desordenado y comerás mal.

—De hecho, voy a hacer un curso de cocina —se apresuró a decir.

—Eso está bien. ¿Quieres llevarte lentejas? Las acabo de sacar del fuego.

—No te preocupes —negó con la cabeza—. He hecho la compra.

—¿Sabes? —cuchicheó con el propósito de que su marido no la escuchara, sin demasiado acierto—. Cuando muera, quiere que done su cuerpo a la ciencia. Tiene un carné de esos y me ha hecho hacerme otro a mí. Pero, ni caso, después haré lo que quiera.

—Si es su voluntad —siguió con el tono, a sabiendas de que el anciano disimulaba no escucharlas, mirando absorto por la ventana—, debes respetarla.

—De eso nada. Lo hace para evitarme problemas —dijo en tono normal. El anciano emitió una leve sonrisa que ocultó al girar la cara.

—Bueno, haz lo que quieras, mamá. —Se levantó del sofá de forma brusca antes de perder los nervios. Respiró hondo y prosiguió—. Me voy.

—Hija, ¡qué mal carácter tienes!

Miró a su madre con reticencia. Paula siempre le decía lo mismo a sabiendas de que la dañaba, aunque en el fondo, Mai sabía la verdad. Ante ese pensamiento no pudo reprimir mirar a la mujer con cierta ternura. El tiempo había hecho mella en ella aflorando un reguero de arrugas alrededor de sus ojos azules. Siempre estimó su belleza como un poder maligno que le había hecho la vida imposible.

En un intento de calmar su rabia le ofreció a su madre un leve beso en la mejilla. Esta vez, eludió hacer lo mismo con la figura masculina y solo alzó la barbilla a modo de despido:

—Tengo unos días libres —dijo mientras se dirigía hacia la puerta—. Volveré a veros en otro momento.

Salió a la calle derrotada y con los hombros desplomados. Siempre había encontrado una barrera entre su madre y ella. Eran muy diferentes, aunque nunca se paró a pensar en la verdadera razón de su distanciamiento.

Su interior revelaba una efervescencia incontrolable que creía insana, pero desconocía el remedio milagroso que pegara los miles de pedazos en los cuales se había desperdigado su vínculo. Muchas veces se había planteado tener una charla con Paula para apaciguar su interior y que dejara de atormentarla; sin embargo, jamás la encontraba a solas. El destino, o Dante, no se lo permitían.

Desde que recordara, Paula siempre estaba al resguardo de un hombre para ser feliz; si es que eso era posible en una mujer que, según ella, solo deseaba una buena posición social. Eso la asqueaba más de lo pensaba y podría ser lo que la atormentaba al darse cuenta de que, pese a toda la soledad vivida en su infancia desde el fallecimiento de su padre, no podía odiarla.

Al salir del coche una gota cayó en su frente. Alzó la mirada al cielo para comprobar la inminente lluvia con un gesto de chasco. Tuvo que correr para no calarse hasta los huesos antes de alcanzar el rellano de su piso.

Con la mente ocupada en su visita, podía haber resbalado con un reguero de gotas que recorrían el descansillo. Procedía de la puerta contigua a la suya y llegaba hasta el ascensor. Al ver el color de las manchas quedó inmóvil sin poder reaccionar. Las miró absorta y estuvo a punto de agacharse para tocar el encarnado líquido. Sacudió la cabeza y murmuró:

—Mai, debes dejar de pensar en el trabajo y centrarse en el ocio. Es imposible que sea sangre y, si por un supuesto lo es, será de animal.

Su ensimismamiento despertó al escuchar el sonido de una puerta al abrirse. Siguió caminando y, cuando llegó hasta la de su domicilio, volvió la cabeza levemente, lo justo para otear a su vecina con el cubo de fregar. Como la última vez que la vio, su apariencia era la de una

anciana vestida con traje, tacones no demasiado altos y peinado impoluto.

La residente se detuvo en la puerta unos segundos cuchicheando algo al interior. Parecía no percatarse de una presencia ajena que, aunque se esforzara en agudizar los oídos, solo podía escuchar los susurros de varias mujeres en tono bajo e indescifrable para ella. Al acabar la charla, la mujer miró de reojo a Mai y entrecerró la puerta de entrada a su domicilio dejando un resquicio abierto, dedicándose a limpiar las manchas del suelo, ignorando cualquier figura.

Tras torcer la boca y volver la cabeza hacia su vivienda con todo el disimulo prestado por su rígido cuello, Mai se esmeró en abrir la cerradura con dificultad. El ruido de las llaves despertó el interés del pekinés que habitaba frente a ella y sus ladridos le provocaron un respingo. Al intentar calmar el ritmo acelerado de su corazón, presionó su pecho con la mano, soltándola al momento al alertarla unos pasos torpes detrás de la puerta contigua, seguidos del sonido metálico de la mirilla:

—Buenas tardes, Luisa —dijo con retintín.

La presencia invisible se alejó como vino ante la cara de asombro de Mai. Alzando las manos al cielo, dijo:

—Es increíble.

El silencio, roto por el chisporroteo de una fregona, provocó su impotencia. Suspiró y entró resignada.

Lo primero que hizo fue dirigirse hacia el baño y, con rabia, buscar todo el maquillaje adquirido y desecharlo en la basura.

4

Al día siguiente se levantó temprano. Unos torpes rayos de sol asomaban por la ventana y auguró una buena jornada. Había dormido lo suficiente como para sentir una vitalidad renovada que hacía tiempo no gozaba. Estaba dispuesta a que nada ni nadie le amargara el descanso necesario para reordenar su vida.

Al salir de casa puso empeño en ralentizar sus movimientos para cerrar con mesura y no hacer ruido. Tras comprobar la ausencia de ladridos, sus labios emitieron una gran sonrisa de regocijo.

Con caminar apresurado fue directa hacia la seña indicada. Detuvo su paso al tener frente a ella un local improvisado donde el cartel impreso indicaba su nuevo reto. Casi la arroya una mujer provista de un delantal que salía cargada con una bolsa de basura. Al tenerla cerca, a Mai le resultó familiar y entrecerró los ojos.

—Perdone, ¿es aquí la escuela de cocina para…?

—Sí, sí. ¿Eres la que ha llamado antes?

—Exacto. Me llamo Mai Sola.

—Muy bien, yo soy Ana. Espera un momento. Tiro la basura y te presento a los demás.

La anciana cruzó la calle para desechar la bolsa en el contenedor. Después de refregarse las manos fue hacia ella y le indicó la puerta con el brazo extendido.

Pero Mai dudó si entrar o darse la vuelta. Intrigada, antes de hacer caso a su seña, preguntó:

—¿Nos conocemos?

—Pues, ahora no caigo.

—Estoy segura. La he visto en alguna parte.

—Entra, lávate las manos y ponte un delantal —dijo la mujer abriendo la puerta y señalando una pica con la mirada—. Seguro que te acuerdas más adelante.

Así fue. Al incorporarse al grupo de personas de diferentes edades, fijó su vista en otra anciana. Llevaba un delantal igual al de Ana. Con movimientos enérgicos, sacaba trozos de carne de varios recipientes y los colocaba en una tabla de teflón grande. Giró la cabeza y dijo a la mujer de la entrada:

—¡Ya lo sé! Sois mis vecinas.

—Vaya, qué casualidad. Ahora que me fijo, es verdad. Pero paras tan poco por la comunidad... Casi no te reconozco —Dejó de hablar y sonrió de una forma que a Mai le entró repelús—. ¡Mirad quién está aquí! Es nuestra vecina. Y viene a las clases.

—Hola —escuchó de varias septuagenarias cuyas sonrisas parecían idénticas a la de la primera mujer.

El resto del grupo se la quedó mirando con cara de poco entendimiento. El silencio incómodo, repleto de ojos que lanzaron el escrutinio hacia Mai, acabaron con la voz de mando de la maestra de cocina:

—Sentaos. Empezamos la clase.

A los pocos segundos todos estaban reunidos alrededor de una mesa redonda. Mai miró de lado a lado para averiguar su suerte: a la izquierda había una chica menuda de mirada perdida; a

su derecha, un hombre trajeado que no pegaba nada con el evento en el que estaba. Se lo quedó mirando y frunció el ceño. Aunque él, emitiendo una sonrisa cordial, le ofreció su mano:

—Hola, soy Rafael. Acabo de salir de una reunión y no me ha dado tiempo a cambiarme. Entiendo tu extrañeza. La verdad, está mal visto en las reuniones de empresa si alguien pide carne cruda, o poco hecha.

Tras estrecharle la mano y devolverle la sonrisa, emergió una cabeza de mujer sentada al lado del hombre, y también alargó la mano:

—Hola, soy Raquel, su novia.

—A ella no le hace gracia este curso de cocina, pero lo tolera por mí.

Aceptó la mano de la chica y estuvo obligada a presentarse, aunque dudó qué debía decir. Al fin decidió ocultar su verdadera identidad laboral:

—Hola, me llamo Mai y soy funcionaria. Tampoco está bien visto —rieron los tres.

Giró su cuerpo para conocer a su otra vecina de mesa, pero encontró la mano extendida sin respuesta. Dado el desplante, al sentirse incómoda, la retiró al momento y miró al frente ante la tanda de presentaciones: una pareja de jóvenes, chico y chica, que vestían de negro, llevaban el pelo largo y la raya del ojo marcada de oscuro; dos mujeres de mediana edad, que le ofrecieron una gran sonrisa, y un hombre bastante corpulento que vestía ropa de deporte.

Hubo un minuto de silencio mientras iniciaban las clases:

—Hoy haremos un manjar muy especial: el Steak Tartar. El secreto está en la carne. Debe ser fresca y de primera calidad. Seleccionaremos las partes más tiernas, como esta.

Una de sus dos ayudantas, y vecinas, entregó a la interlocutora una bandeja de trozos de carne, y esta la mostró en cuanto llegó a sus manos.

—Lo primero es observar cómo nuestra experta cocinera pica muy bien los solomillos. No os preocupéis por ella, era cirujana y se maneja bien con el cuchillo afilado —sonrió y los demás emitieron una leve carcajada—. Mientras tanto, pondré encima de la mesa el resto de los ingredientes.

La anciana colocó dos bases de madera con especias en el centro y, varios productos antes de proseguir:

—Debéis salpimentar bien y reservar. Picar las cebollas con cuidado, porque no sois como mi adorada Gertrudis —rio mirando a su ayudante, que estaba manos a la obra con la carne—. Pueden ser del tipo que os guste, sin problema. Cortar a trocitos las alcaparras y los pepinillos. Y, luego, seguimos con lo demás.

Cada uno de los alumnos tenía delante una pequeña tabla de cortar y los enseres necesarios para realizar la receta. Se pusieron en marcha en silencio absoluto. Solo se escuchaba el sonido de los cuchillos golpeando las tablas.

—¿Estáis todos listos? —Miró uno a uno a los ocupantes de la mesa, para después, dirigirse a su ayudante—. Bien, prosigamos. Gertrudis, trae la carne y sirve un poco a cada uno.

La concentración se hizo presente en cada paso que daba Gertrudis; primero, con parsimonia, retiró un poco las tablas de la mesa para añadir boles. Agarró la bandeja con la carne picada para marcar a cada uno su parte correspondiente.

—Bien. Como veis, debéis mezclar todos los ingredientes que tenéis listos y añadir mostaza, una yema y media de huevo, el tabasco, la salsa inglesa, sal y pimienta al gusto. Para los nuevos —miró a Mai—, las salsas las dimos hace dos semanas, pero las volveremos a repasar más adelante.

—Cuánto lo siento —se apresuró a decir Mai—, la semana que viene no podré venir.

—Bueno, cuando pruebes tu Steak Tartar, ya verás como vuelves. ¿Verdad, chicos? —rieron

todos—. Ten en cuenta que lo hacemos solo los lunes a la hora de comer. Lo que preparáis es para vosotros, y os lo podéis llevar a donde queráis. En fin, es tu decisión.

—Puede que acepte el reto —dijo Mai, pensativa—. Tengo una amiga que…

Después del silencio, todos pensaron que no seguiría con la frase, así que miraron lo que tenían delante.

Tardaron unos minutos en tener el plato listo.

—Gracias, chicos —dijo la instructora culinaria—. Ahora quitaos el delantal, lavaos bien las manos y envolved vuestra comida en papel de aluminio.

Antes de marchar, les aconsejó:

—No olvidéis guardarlo en la nevera, al menos, quince minutos.

Con el Steak Tartar en la mano, Mai esperó a que se fuesen todos para quedar a solas con las organizadoras del curso; después, dijo:

—Gracias, ha sido estupendo —dijo con amabilidad—. No me dijiste, cuando llamé por teléfono, el importe de la clase.

—No te preocupes, vecina querida. Es gratuito. No lo hacemos por dinero, sino porque nos gusta.

—¡Ah! Vale. Pues, gracias.

Salió despacio impactada por la experiencia. Antes de cerrarse la puerta del todo, no pudo evitar esperar y escuchar lo que decían en el interior:

—Debemos conseguir más carne, ya no nos queda para el lunes. —Hubo un silencio—. Nos vemos en la comunidad, Mai —dijo Ana, alzando la voz al percatarse de la presencia de su alumna.

Puede que fuese por el tiempo, el cielo compacto de nuevo de nubes grises o por la corriente creada al cerrarse la puerta de golpe, pero sintió un escalofrío durante varios segundos. Tuvo que frotarse el brazo con la mano libre.

Subió al ascensor afectada e incrédula, aunque satisfecha por haberse relacionado con sus semejantes. Antes de llegar a su puerta, avanzó de puntillas, sin lograr que el perro de su vecina no la escuchase y ladrara como si ella fuese su enemiga. Aunque estaba de espaldas a la puerta contigua, reconoció el ruido metálico al desplazarse la mirilla.

—Buenos días, Luisa —dijo con retintín.

Entró y cerró con cuidado, negando con la cabeza antes de dirigirse hacia la nevera para colocar su menú. Mientras pasaban los quince minutos, preparó la mesa. Mirando la fotografía de su padre, como siempre desde que se independizó, puso dos platos y dos cubiertos. Luego observó el reloj, impaciente, decidida a ordenar un poco la casa hasta que llegase la hora de comer.

Al destapar el envoltorio se dio cuenta de la buena pinta que tenía su primera receta elaborada. Sonrió satisfecha. Acercó la nariz para olisquear el aroma del apetitoso Steak Tartar antes de colocarlo en la mesa.

Degustó el plato como si fuese el mejor manjar que había probado nunca, con la diferencia de que lo había hecho ella misma en una escuela de cocina muy peculiar. No quiso tomar postre para que el sabor de la carne se mantuviese en su paladar el mayor tiempo posible.

5

Pasó el martes recluida en su casa. Se dedicó a limpiar de forma compulsiva para no pensar en todo el tiempo del que disponía y en cómo lo iba a llenar. De vez en cuando miraba por la ventana. Llovía sin cesar. Maldijo su mala suerte por haber sido obligada a coger vacaciones y, encima, con tan mal tiempo.

Pronto oscurecería. Mai preparó las bolsas de la basura para reciclar. Al salir, se topó con varias vecinas que entraban en el piso contiguo al suyo. Reconoció a Ana y Gertrudis de la escuela de cocina, las otras dos las tenía vistas, pero no había hablado con ellas. Intrigada, parándose en la puerta antes de que pudieran cerrarla en sus narices, dijo:

—Hola, me ha encantado la clase de Steak Tartar. —Ante el silencio creado y sentirse sin respuesta, decidió enterarse de lo que tramaban las mujeres, las cuales, intentaban entrecerrar la puerta para evitar descubrir el interior—. ¿Hay reunión de la comunidad?

—No, que va —dijo la última septuagenaria que se dignó a contestar—. Es un pase de tupperware para mayores. Te invitaríamos, pero seguro que te agobias.

—Si puedo ayudar... —Estaba intrigada, a la vez de aburrida—. Además, no tengo nada mejor que hacer.

Ana emitió una gran sonrisa forzada y, entre dientes, mientras cerraba la puerta en sus narices, dijo:

—Nos vemos el próximo lunes.

Mai quedó impactada sin saber reaccionar. Emitió un ruidito de descontento y fue a deshacerse de la basura.

Sin darse por vencida, decidió hacer un pastel para Luisa. Empezaría pidiéndole perdón por las molestias. Por el aburrimiento, parecía haberle picado el gusanillo de la cocina.

Se puso manos a la obra, entreteniendo el tiempo y ensuciando más de la cuenta. Para el momento rescató un libro de cocina. Su madre se lo había regalado por su cumpleaños y estaba olvidado en un estante.

Escogió un bizcocho sencillo, con poca suerte. Había recortado con un cuchillo la base quemada y decorado con virutas de chocolate. Aun así, remiró satisfecha el resultado.

Pero cuando fue a entregarle el presente a su vecina, por mucho insistir, nadie abrió la puerta. Estuvo esperando unos segundos a la espera de ladridos, pasos y el sonido de la mirilla, pero no halló indicios de que hubiera alguna persona. Suspiró. Cuando daba media vuelta para entrar de nuevo en su hogar, percibió un gimoteo débil.

El pasillo evocaba los rayos de una tormenta por el chisporroteo de la luz del ascensor. Entró para dejar el pastel encima de la mesa del comedor y luego volvió intrigada, sin alejarse mucho de la puerta.

Le pareció escuchar el sonido de un quejido lastimero. Miró para todas partes hasta localizar de dónde provenía. Sintió miedo. Hizo un amago de volver a su piso, pero ese runrún se le había metido en el interior de la cabeza. «¿Y si hay alguien herido?». Si marchaba no quedaría con la conciencia tranquila, se conocía bien. Cogió aire para infundirse de valor y avanzó dos pasos. En

la esquina del pilar descubrió una figura pequeña. Al acercarse, el corazón se le encogió.

—¿Qué haces aquí?

Conforme se agachaba, manifestaba la presencia de un pequeño perro asustado y escondido. Era la mascota de Luisa, estaba segura de ello. Decidió no inquietar más al animal y picar al timbre de su vecina, pero parecía no contestar. Llamó con insistencia durante un buen rato, sin resultado. Con cuidado de no resultar herida, puesto que parecía no caerle bien, decidió cogerlo con las manos a una prudencial distancia: la justa para poder mirar su placa. Ponía Nieve. Lo remiró, porque era canela.

—Hola, Nieve. Vamos, debes estás hambriento. Luego esperaremos a que vuelva Luisa. Seguro que piensa que te has extraviado y estará buscándote como una loca. Espero que no piense que te he cogido yo. ¡Solo me faltaba eso! Con la suerte que tengo con mis vecinas...

El perrito ladeó la cabeza y provocó en ella un sentimiento de ternura. Sin decir nada más, decidió volver a su piso y darle los restos de cena y agua.

Una vez calmados los dos y después de una espera razonable, al ver que Luisa no volvía a casa, llamó a la policía por si le había ocurrido un accidente a su vecina.

Sentados en el sofá, acariciando el suave pelo de su invitado, Mai sintió su soledad. Echaba en falta una mano amiga, el cariño de un ser querido. Lo imprevisible para ella era encontrar en los ojos tristes de Nieve la verdad de su añoranza. En un inevitable reflejo, su mirada fue desviándose hacia la fotografía de sus padres y suspiró afligida.

Al sonar el timbre dio un respingo y tocó su pecho. Los ladridos de Nieve parecían introducirse en el interior de la cabeza provocando el despertar de su letargo mental, y pudo volver a la realidad. Cogió al animal en brazos para calmarlo un poco y, después de echar un vistazo por la mirilla, abrió la puerta.

—¿Ha llamado usted a la policía? —dijeron dos hombres uniformados.

—Sí, sí. Se trata de mi vecina de enfrente. Este es su perro —dijo, enseñando a Nieve.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Estaba en el descansillo, solo y asustado.

—Entiendo —dijo el policía echando una mirada alrededor del pasillo.

—¿Podemos entrar? —preguntó el otro con amabilidad—. Debemos hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto.

Cuando los dos hombres estuvieron dentro, Mai cerró la puerta.

—Siéntense, por favor.

Mai ocupó el sofá, con Nieve; los hombres prefirieron situarse en sendas sillas cercanas a la mesa para que uno de ellos pudiera dejar el bloc de notas donde apuntar el interrogatorio del suceso. Después de las presentaciones de rigor, empezaron con el protocolo:

—Bien, empecemos, si no le importa. —El hombre esperó el gesto de May y prosiguió—. Su nombre, por favor, para poder dirigirnos a usted.

—Mai Sola Celada —dijo ella.

Podía haber comentado su estatus en el cuerpo de policía, pero decidió omitirlo en un intento de saber cómo se desenvolvían los dos agentes, ampliando así su nivel de análisis en una nueva perspectiva. La curiosidad la vencía a máquinas forzadas provocando que ella deseara llevar una pesquisa paralela.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su vecina?

—Déjeme pensar. El lunes me la encontré en el ascensor, pero, anoche mismo escuché a Nieve, su mascota, ladrándome cuando llegué a casa. Sí, eso es.

—¿Dónde dijo que lo había encontrado? —repitió el agente para tener constancia escrita de la respuesta de la interrogada.

—En el rellano, escondido detrás de una columna. He llamado al timbre de Luisa varias veces, pero no contesta.

—No se preocupe. ¿Qué relación tiene con Luisa?

—Bueno —dijo la mujer, titubeando—, no demasiada.

—Entonces, no sabrá si tiene algún amigo o familiar cercano que pueda abrirnos la puerta, ¿verdad?

—No lo sé. Suelo estar mucho tiempo fuera de casa.

—Está bien —dijo uno de los agentes al otro cogiendo su teléfono móvil para hacer una llamada—. Preguntaré en la central.

Tras unos minutos interminables, mientras se resolvían las averiguaciones, detectaron que la anciana estaba inscrita a un servicio de *teleasistencia* por el Ayuntamiento y guardaban una copia de las llaves para cualquier emergencia.

Pronto vino el encargado y entraron los dos policías en el domicilio de Luisa, ante la expectación de Mai y el nuevo invitado.

En ese momento Mai no percibió su nerviosismo, hasta notar sus manos agarrando al animal con fuerza contra su pecho. Un quejido la hizo reaccionar y destensar sus brazos en espera de un indicio que aclarase el caso.

Mientras aguardaba, su mente parecía adentrarse delante de los dos agentes pensando lo que encontrarían. Supuso un secuestro. Desconocía la riqueza de Luisa, pero no hallaba otro razonamiento que le explicara cómo pudo escaparse Nieve de la casa. Se preguntaba: «*Pero ¿cómo pudo ocurrir? Llamarían al timbre. Conocía al agresor o agresores*». Ladeó la cabeza pensando que a ella nunca le había abierto la puerta. Sin poder pedir ayuda y al sentirse confiada, su mascota podría haberse escapado, pero la mujer no tuvo esa suerte. Desapareció sin dejar rastro ni alertar a los vecinos. Miró las puertas cerradas de los demás residentes del rellano y negó con la cabeza. Algo no cuadraba.

Su imaginación no parecía tener límites, hasta que escuchó cómo una voz del interior rompía su vaticinio:

—Aquí no hay nadie.

—Preguntaremos a los vecinos.

Esperando las indagaciones pertinentes, Mai quedó intrigada y pegada a Nieve a la espera de los próximos acontecimientos. El caso parecía enrevesarse por momentos. Al menos el animal le hacía compañía y, al parecer, los dos empezaban a sentirse cómodos el uno con el otro. La cara femenina fue acercándose a la del perro para hacerle unas carantoñas. Al mirar al guardián de la llave de Luisa —quien esperaba órdenes para abandonar el lugar—, sintió vergüenza por el gesto irreverente que le lanzaba en una tesitura tan delicada, decidiendo, por tanto, excusarse e introducirse en su casa a la espera de más noticias.

Cerró la puerta con cuidado y esperó.

Conforme pasaba el tiempo se notaba cada vez más inquieta. En cambio, el animal parecía tranquilo tumbado en el sofá al lado de Mai, aunque siempre alerta a cualquier sonido del exterior.

Ambos se sobresaltaron al sonar el timbre. Antes de escuchar el ladrido correspondiente, Mai agarró de nuevo a Nieve y fue a abrir, expectante:

—¿Habéis averiguado algo?

—Lo sentimos mucho, pero nadie ha visto a Luisa ni sabe dónde puede estar.

—Es extraño. ¿Qué le habrá pasado?

—Lo averiguaremos.

—¿Y ahora qué pasará con Nieve?

—Debemos llevarlo a la perrera.

—De eso nada —espetó agarrando con fuerza al animal—. Me lo quedaré yo hasta que aparezca su dueña.

—Como usted quiera. Deberá firmar unos documentos.

—Vale. Por favor, ¿me avisarán cuando sepan algo del paradero de mi vecina?

Los hombres asintieron y, después de anotar todo lo sucedido y dejar formalizado que Nieve quedaba al cargo de Mai, marcharon.

Notó la estancia más silenciosa de lo normal, aunque sabía que era solo un dictamen por ser un barrio muy tranquilo. Al mirar los ojos de Nieve y percibir lagunas precedidas de quejidos finos, un sentimiento de pesadumbre pareció encogerle el corazón.

Nunca había tenido una mascota. De pequeña siempre se lo había pedido a su padre y este respondía que a su madre no le gustaban los perros. Le extrañaba, porque en casa se hacía lo que él decía. Un día la pequeña Mai, armándose de valor, preguntó a Paula la razón de su negativa, y ella le dedicó una sonrisa irónica seguida de una carcajada. Le dio miedo y jamás volvió a mencionarlo.

Los recuerdos siempre la entristecían. Si reparaba en la escena, ahora eran dos seres mohínos sentados en el sofá. Suspiró y, mientras se incorporaba, dijo:

—Vamos a dar un paseo, Nieve. Nos sentará bien a los dos.

Quedó pasmada ante la idea de no tener correa para sacarlo a la calle como a cualquier perro. Remiró en los cajones hasta encontrar una cinta rosa olvidada en el tiempo. Era un rollo bastante largo que le había entregado su madre para decorar la casa las fiestas navideñas del año anterior.

Ella odiaba esas fechas, pero Paula era muy detallista y le entusiasmaba engalanarlo todo; también pretendía contagiarle a su hija algo de ánimo y fantasía, sin lograrlo.

Reavivó tiempos pasados con la tira en la mano, cuando era feliz y la Navidad para ella una época especial. Sus ojos se desviaron hacia el mueble y recorrieron la figura de su padre. Antes de ponerse triste, suspiró, enderezó la espalda y agarró la banda con fuerza.

—Vamos, tienes correa nueva.

Fue un paseo corto, donde el animal aprovechó todo lo que pudo para hacer sus necesidades. Parecían haber pasado muchas horas desde la última salida.

Al volver, encontraron en el portal un reguero de gotas que iban hacia la puerta donde hubo el pase de tupperware. Eran inapreciables a la vista de cualquiera, pero no para ella: estaba acostumbrada a observar la sangre cada día. El perro las olisqueó y siguió el rastro hasta llegar a la puerta contigua a la de Mai, donde rascó la madera con insistencia.

Sin hacer caso a Nieve, se agachó con gesto de desconcierto para tocar una gota con los dedos y examinar su textura. Con la otra mano sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se la limpió. Durante unos segundos quedó absorta en lo sucedido a escasas horas. Al mirar al animal, insistente en rascar la madera, decidió cogerlo en brazos y llamar al timbre.

—Hola, vecina —dijo Ana con una gran sonrisa, que le pareció forzada.

—Hola, me preguntaba si había visto a Luisa.

—Ah, no. Unos agentes muy simpáticos han preguntado por todo el bloque, pero no hemos visto ni escuchado nada; además, con lo mayores que somos, la mayoría de nosotras estamos sordas y no vemos bien. ¡Qué vamos a saber! —La anciana se esforzaba por tapar el interior a propósito, dejando solo un resquicio de la puerta abierto, pero Mai pudo entrever varias mujeres

alrededor de una gran mesa manipulando tápers. Supuso que contenían carne, o algo rojo, por las manchas que dejaban al transparentarse.

—Gracias, solo era eso —dijo Mai, pensativa.

Antes de marcharse, en su ensimismamiento, no pudo controlar desviar la vista hacia el suelo. La anciana se apresuró a decir:

—Vaya, te pido disculpas por ensuciar el rellano, ha sido al bajar la basura. Como sabes estamos haciendo un pase de mayores y se nos ha ido el santo al cielo cocinando.

La puerta se cerró en sus narices, dejándola con la boca abierta. Su acompañante pudo librarse de sus brazos y saltó al suelo. Parecía volver a la carga rascando la puerta; ella decidió agarrarlo de nuevo en un movimiento rápido y marcharse resignada:

—¿Qué haces?

Llegó la hora de dormir, pero ninguno de los dos podía conciliar el sueño. Nieve estaba a los pies de la cama buscando calor humano. A media noche, el animal comenzó a lloriquear. Ante la tesitura de inquietud y la jornada tan larga y ajetreada, Mai decidió ir a pasear de nuevo.

Esperaba que con el ejercicio le entrara soñolencia y pudiera descansar. Se vistió con un chándal y zapatillas. Colocó la cinta en el cuello de Nieve y salieron al rellano. Se esmeró en cerrar la puerta con tiento por las altas horas de la noche.

Al pasar por el piso donde estaban reunidas sus vecinas, Nieve volvió a las andadas y se plantó en la entrada para repetir de nuevo el gesto de las anteriores ocasiones. Su compañera fue más rápida que el animal y, con un suspiro paciente, lo cogió en volandas alejándolo de su nueva manía.

Las calles parecían cerradas por el mal tiempo. A esas horas había pocos transeúntes que transitarán por el barrio. Las únicas pisadas que escuchaban eran las de ella y su acompañante perruno, amplificadas por el silencio de la noche. Decidió no alejarse demasiado y, en cuanto tuvo la posibilidad, giró el rumbo hacia su piso. Para Nieve parecía ser suficiente por como tiraba de la cinta hacia el portal.

Antes de entrar en su casa volvió la cabeza para remirar el suelo. Aunque las gotas habían desaparecido, Mai estaba más inquieta de lo debido. Su instinto le decía que debía indagar más en el asunto de la ausencia de Luisa.

6

Al día siguiente se despertó temprano por la costumbre. Dio un paseo largo para aclarar sus ideas y compartió un bocadillo con Nieve en el parque. Cuando volvía de sacar a Nieve, topó de bruces con su vecina. Salía del portal arrastrando un gran carro de la compra. Parecía pesado.

—Buenos días.

Sin obtener respuesta, suspiró elevando los hombros y prosiguió su camino. Justo cuando se acercaba a la puerta de su piso sonó el teléfono en el interior. Con urgencia, buscó las llaves en el bolsillo de la chaqueta y logró abrir antes de que colgaran. El perro todavía estaba unido a la chica por la cinta rosa que los conectaba como un cordón umbilical.

—Hola, hija —escuchó una voz entrecortada.

—¿Mamá? ¿Todo va bien?

—No, no. Dante está muy mal.

—¿Cómo?

—No respira.

—Tranquila, voy en seguida.

Apenas tardó diez minutos en presentarse con su coche. Su acompañante peludo la acompañaba. Abrió la puerta con sus llaves y dudó si debía dejarlas puestas o en el cenicero de la entrada, pero, con las prisas, las guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Mamá, estoy aquí!

Encontró a la anciana sentada en el sofá lo más lejos posible del balancín donde permanecía inmóvil Dante. Retorcía sus manos con nerviosismo y la mirada perdida.

Al mirar el rostro del anciano, este resplandecía palidez con el halo de luz de la ventana. En un principio parecía dormido, hasta que lo miró a los ojos y los vio abiertos, inertes y recubiertos de arrugas.

—¿Qué ha pasado?

—¿Tienes un perro? —dijo la anciana, sorprendida al ver que la cinta que lo unía a Mai con el animal se escurría. Nieve subió al sofá para sentarse a su lado.

—Es de una vecina. Se lo cuido mientras… Es una larga historia.

—Vale —dijo ignorando al animal—. ¡Ay, hija! Una desgracia. Después de comer fui a fregar los platos y, cuando volví al comedor, me lo encontré así. Está muerto.

A paso lento, esperando que el anciano despertara de un estado catatónico profundo y le diera un susto, Mai consiguió cogerle la mano huesuda y comprobó el nulo pulso. Le era difícil acercarse, a pesar de su experiencia en la morgue, por el escrutinio constante de sus movimientos por su madre. Hubo un silencio antes de poder reaccionar:

—Ha fallecido.

—Pobre Dante —dijo Paula tapando sus ojos con las manos.

—Lo siento, mamá —contestó con la voz entrecortada—. Llamaré a emergencias y después a la Universidad Autónoma para que puedan hacerse cargo del cuerpo.

—¡De eso ni hablar! Lo incineraré como a mis dos anteriores maridos.

—Pero era su última voluntad, Mamá.

—¡Bah! Ya no puede decidir nada. Haré lo que me parezca.

Sin que se diera cuenta, Nieve saltó del asiento e hizo un intento de acercarse al difunto para ladrar al cuerpo inerte y alejarse corriendo. Hizo el mismo movimiento varias veces, hasta que Mai pudo reaccionar:

—¿Qué te pasa, Nieve?

El animal, sentándose en el suelo, ladeó la cabeza en repetidas ocasiones provocando mayor intriga en Mai. Iba a acercarse al cuerpo cuando la madre la distrajo:

—¿Tendrá sed el bicho este? Porque está muy raro.

Y fue a buscarle un cuenco a la cocina, tiempo que aprovechó Mai para acercarse de nuevo al cadáver. En principio no notó nada extraño. Volvió la vista al animal y la intriga la venció. Hizo un gesto repulsivo antes de aproximarse a la cara de Dante. Un leve hedor a dulce le provocó nauseas, algo extraño en ella. Era un olor parecido a almendras amargas.

En unos segundos se vio envuelta en una sombra de sospecha de la que pretendía huir por todos los medios, pero su mano no obedecía órdenes. Volvió la cabeza hacia la puerta de la cocina para asegurarse de que su madre no tenía posibilidad de verla. Extrajo un pañuelo de papel limpio del bolsillo de su chaqueta y lo abrió. Agarrándolo con los dedos y haciendo pinza, estiró de varios de los pocos cabellos que le quedaban a Dante en la cabeza y, antes de que volviera, los embaló con cuidado, escondiéndolos de inmediato en el bolsillo. Tenía el pulso acelerado y la frente cubierta de sudor. Mientras miraba a los ojos a su único testigo se le escapó un suspiro que intentó cubrir con un carraspeo.

Después de la maniobra de Mai, Nieve parecía ser reacio a volver a acercarse al balancín. A su amiga tampoco la sorprendía su negativa después de haber comprobado por sí misma la curiosa hediondez.

Al llegar Paula el ambiente parecía tensarse por momentos. Con el bol de agua enfrente, el perro hizo caso omiso y quedó inmóvil. Un movimiento de Mai, acercándose a la vez que se agachaba para liberarlo del lazo de su cuello, deshizo el hechizo de Nieve y dejó que lo cogieran en brazos. Los dos se sentaron en el sofá junto a la madre.

Con los nervios del momento, Mai había olvidado desprenderse del abrigo y aprovechó la tregua para ponerse cómoda. Dejó la prenda colgada de una silla y volvió a su asiento. Las dos mujeres permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que ella lo rompió:

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, hija. Ya era muy mayor. Era inevitable.

—A ver, pensemos —dijo tapándose la boca con la mano— Mamá, ¿qué ha comido Dante?

—Lentejas. Las hice ayer y quedaban unas pocas —dijo con una vocecita dulce—. Una ensalada de tomate y una naranja.

—¿Y las medicinas, la tomaba bien?

—¿Qué pretendes decirme? —preguntó a la defensiva. Quedó mirando a los ojos de su hija rogando un esclarecimiento—. ¿Que ha tomado más dosis de la que le correspondía?

—No lo sé, mamá. Solo pregunto.

—Pues te aseguro que las tomaba bien. Ha muerto de viejo. No le des más vueltas, hija. Siempre con tu manía de ser un agente de esos que investiga criminales.

La mano de Mai se alargó hasta la de su madre para reconfortarla. Puede que estuviera curtida por su trabajo y debía cambiar de conducta frente a una viuda que acababa de perder a su marido.

A Paula el gesto la pilló desprevenida y, cuando notó que le tocaban la mano, hizo un respingo y la retiró bajando la manga hasta ocultar la mayor parte de sus dedos. Sus ojos

parecían llenarse de miedo.

Puede que para otra persona ese ademán supusiera extrañeza, pero para Mai no. Sabía que Paula nunca fue cariñosa con ella. Pasaron por su mente imágenes entrecortadas de su infancia donde su madre rehuía cualquier gesto de ternura con su hija. Puede que fuese esa la razón por la que a ella tampoco le gustase demostrar afecto en público; más bien era arisca, lo que la había llevado a muchos desencuentros y discrepancias en el día a día.

Un sentimiento de compasión ante los ojos huidizos de Paula le hizo recordar lo que llevaba en el bolsillo y, con un balanceo de cabeza, decidió que lo tiraría en cuanto pudiera.

—Lo siento, mamá. No pretendía molestarte. Llamaremos al servicio médico de emergencias para que proceda a certificar el fallecimiento. —Hubo un silencio antes de proseguir—. Después a la compañía de seguros. Me parece que hace años que pagáis una, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo Paula con la mirada baja—. Tengo todos los papeles en la cómoda.

—Vale, no te preocupes —Hizo amago de acercarse a su madre, pero lo pensó mejor—. Estaré a tu lado para ayudarte en todo lo que necesites.

—Gracias, hija.

7

Las dos mujeres y el animal dieron un respingo cuando sonó el telefonillo. La angustia se palpaba en el ambiente como un cerco de incertidumbre alrededor de un cuerpo inerte. Mai fue la encargada de recibir a los sanitarios:

—Hola, pasen. Está en el comedor.

Los hombres asintieron con caras serias y siguieron las instrucciones de Mai. Portaban varios bultos encima de una camilla. Al ver a la mujer desconsolada en el sofá, inclinada hacia adelante y con las manos tapando sus ojos, dejaron todo al lado del mueble, para que no molestase.

—Lo sentimos mucho, señora —dijo el facultativo acercándose a la mujer con un gesto amable—. No se preocupe. Agilizaremos el reconocimiento lo máximo posible. Necesitaría saber qué ha pasado.

—Tranquila, mamá.

Su hija, al ver a Paula desecha en lágrimas y a Nieve pegado a su lado, se acercó conmovida para besarle la mejilla, pero no pudo hacerlo porque las manos recubrían toda su cara. Que recuerde, nunca la había visto en ese estado. Alargó la mano para acariciarle el hombro, esperando consolarla, pero ella lo rehuyó al notar el contacto en un movimiento involuntario.

Ante el estado de shock que parecía tener Paula, decidió tomar ella el mando, a la espera de que acabara el trance cuanto antes.

—Soy Mai Sola Celada, hija de Paula.

—Alberto Salt, médico del Hospital Marina —dijo el hombre ofreciendo su mano; después de estrecharla con Mai, se inclinó para hacer lo mismo con Paula.

—Ella es como usted —dijo la anciana, señalando con la mirada a su hija y omitiendo el contacto con el sanitario.

—Bueno, a ver, estoy de prácticas en el depósito La Gacela —expresó con un gesto tímido.

Ante el nuevo dato, el doctor miró a los dos asistentes que venían con él; luego a Mai, con gesto cómplice, antes de dirigirse hacia el cuerpo inerte.

—Después de comer se sentó y yo me fui a fregar los platos —añadió Paula de forma tímida antes de que el hombre procediera a examinar a Dante—. Pensaba que estaba dormido, pero, como no lo oía roncar, me acerqué y vi que no respiraba —sollozó mirando el balancín—. Debí haberme dado cuenta antes.

—Está bien, no se preocupe —dijo con tono amable—. Sé lo difícil que resulta esto para la familia. Lo examinaré y pronto podrá descansar. Necesito la tarjeta sanitaria, la lista de los medicamentos que tomaba y el documento de identidad.

Fue Mai la que se levantó para traer de la cómoda todo lo necesario para el procedimiento. Después del gesto del hombre, indicándole la mesa, lo depositó encima del mantel y fue al lado de su madre.

El médico abrió su maletín para ponerse unos guantes quirúrgicos e inspeccionar la mano del anciano. Tras comprobar la poca temperatura y falta de pulso, miró a los dos sanitarios y les hizo un gesto que provocó el inminente traslado del cadáver a la camilla mientras él sacaba un portátil

y lo apoyaba en la mesa. De pie, incorporado lo justo para poder escribir, cogió los documentos que había depositado Mai para dedicarse a anotar todos los datos necesarios y mirar el historial médico de Dante.

El silencio era tupido. Las mujeres estaban atentas a cualquier movimiento, tanto de los sanitarios, que introducían el cadáver en una especie de saco oscuro para cerrarlo después, como del doctor, que se afanaba en rellenar el certificado de fallecimiento. El animal parecía haberse dormido entre las dos mujeres.

—¿Es donante? —preguntó el hombre de repente.

—Sí —afirmó Mai.

—No, no —negó Paula—. A ver, mi difunto marido —mencionó tragando saliva— firmó un papel de esos y me hizo hacerlo a mí también, pero dijeron que si nos echábamos para atrás no pasaba nada.

—De acuerdo, es cierto lo que le dijeron. Usted es libre de hacer lo que quiera y yo tengo el deber de informarla —aclaró el doctor con voz pausada mientras dejaba de escribir y se acercaba a la anciana—. El inscribirse no garantiza que tenga que realizarse, si no hay consentimiento. Aunque, tenga en cuenta que su marido quería hacer un buen acto, y eso lo honra. Puede pensarlo mientras lo llevamos al depósito y le hacemos la autopsia.

—De eso nada. A mi Dante nadie lo abre en canal.

Mientras, los dos sanitarios sellaban por completo el envoltorio del cadáver, escuchaban la charla con miradas cómplices y esperaban órdenes.

—De acuerdo —dijo el médico intentando contenerse para no molestar a la anciana—. Lo detallaré todo en el informe. ¿Tienen seguro?

—Sí, claro.

El sanitario sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó a Paula:

—Aquí tiene las señas del depósito. Llame a la compañía aseguradora para que contacte con la funeraria. Será ella la encargada de todo el proceso que esté incluido en la cobertura de su seguro.

—Deme —dijo Mai alargando la mano—. Llamaré yo.

Una vez solas, madre e hija quedaron absortas en el balancín vacío. El animal levantó la cabeza al escuchar un ruido proveniente de la calle e hizo que Paula reaccionara:

—¿Quieres una cervecita?

—¿Cómo?

Haciendo caso omiso a su hija, Paula se levantó de su asiento para dirigirse hacia la cocina, dejando a su acompañante con la boca abierta y sin saber cómo reaccionar. En pocos segundos apareció con dos latas, una en cada mano. Le ofreció a Mai una y ella se quedó con la otra, para sentarse y abrirla. Dio un sorbo largo y saboreó ruidosamente.

La cara de Mai parecía desencajada. La extrañaba el cambio de actitud de su madre. Nada más irse los sanitarios sus lloros cesaron. Debido al rompecabezas que rondaba su mente fue incapaz de abrir su bebida y tomar un trago:

—Tengo que sacar a Nieve —murmuró con la mirada perdida en un punto indefinido del mueble que tenía en frente.

—Vale, hija.

—¿Estarás bien? —preguntó Mai saliendo de su ensimismamiento y poniendo el lazo en el cuello del perro. Después se abrigó.

—No te preocupes. Ve y date un paseo. Te sentará bien.

Salió deprisa, como si quisiera alejarse de sus pensamientos, pero la duda la perseguía sin

cesar. Se le ocurrió la idea de enviar a su jefa el contenido de su bolsillo por mensajería. Luego negó con la cabeza y chasqueó la lengua. Unos pasos más adelante, palpó su abrigo con la mano libre y decidió hacerlo para quedarse tranquila.

Pensaba que, seguro, todo era obra de su fantasía. Llamaría a Nina y le diría que le había enviado una muestra de un caso que estaba estudiando para que lo analizase. Alguna escusa se le ocurriría para no dar la voz de alarma en un tema tan personal como eran sus sospechas. Asintió satisfecha y, después, volvió a negar con la cabeza.

8

Apesar de su trabajo, siempre veía el tanatorio como un lugar estremecedor. Con los cuerpos sin vida parecía más fácil desprenderse de los sentimientos, de las vidas truncadas y del llanto de los familiares.

Era hipnótico. Desde un asiento cercano a su madre, recorría cada encuentro que Paula recibía de los asistentes al velatorio, incapaz de apartar la vista. Pensaba que la viuda quedaría seca de tanto llorar.

En un momento dado, el sonido de su móvil provocó que las miradas se desplazaran hacia Mai, poniéndola en un aprieto. Ni tan siquiera miró el destinatario y colgó la llamada en seguida. Con una leve sonrisa lo volvió a guardar en el bolsillo de la chaqueta, pero la llamada insistía. Enfadada, volvió a suspender la señal y lo agarró como si fuese un puñal.

Con paso lento y avergonzada por ser el centro de interés, atravesó los pocos metros que la separaban de su madre para susurrarle al oído:

—Tengo que llamar por teléfono. Lo siento, no tardaré mucho.

—No te preocupes, hija. Te irá bien tomar un poco de aire fresco.

Sintió alivio al salir del edificio. El viento revolvió sus cabellos ocultando sus ojos. Tuvo que darse media vuelta para orientarse a favor del aire y poder iniciar un camino sin destino.

Un banco cercano a un jardín fue una señal y, al alcanzarlo, se sentó a plomo para marcar el número que había empañado el velatorio. En seguida escuchó una voz cuyo tono le incomodó:

—Mai, ¿cómo estás?

—Bien, bien.

—Estaba preocupada por ti. No me cogías la llamada y pensé que te había ocurrido algo.

—Tranquila, solo estaba ocupada. ¿Recibiste el paquete?

—Sí, sí, claro. Pero en la carta anexa no detallas de quién se trata.

—Eso no importa.

—¿Cómo? Me resulta extraño. Tenemos que hablar de esto en persona.

—De acuerdo —titubeó. Después de pensar durante unos segundos, prosiguió—. Mañana quedamos y te lo explico todo. Es tu cumpleaños ¿no?

—Así es, en efecto.

Hubo un silencio precedido de un resuello fuerte. Nina parecía molesta con la respuesta de Mai. Al final de un suspiro, procedió a contestar con toda la calma posible:

—De acuerdo. ¿Me das tus señas, o quedamos en alguna parte?

—Mañana te llamo, pero ahora necesito saber qué has encontrado.

—Me estás asustando, Mai.

—Perdona, no es mi propósito. Resulta que ha desaparecido una vecina y me he encontrado a su perro. Lo tengo yo mientras la policía investiga su caso. He encontrado esos cabellos enganchados en el collar del animal, y me he dicho: si ayudo en el proceso, conseguiré méritos.

—Mai, eres incorregible. No quiero que te metas en un lío o me metas a mí contigo.

—Nadie sabrá nada. Te lo juro.

—No sé —dudó Nina pensando que un poco de novedad no le vendría mal.

—Por favor. Siento haberte metido en esto. Te prometo que te lo contaré mañana.

—Está bien. Las muestras que me enviaste contienen los niveles suficientes de cianuro como para matar a una persona. ¿Quién es esa vecina y quién querría matarla? Parece uno de esos casos del detective, como se llamaba…

—Gracias —añadió cortando a su interlocutora.

—Sobre todo, no te metas en líos. Prométeme que mañana mismo, cuando te lleve las pruebas tal y como me las has enviado, las llevarás a la policía como si no hubiéramos hecho nada con ellas.

—Que sí. Lo haré para que te quedes tranquila.

—Calmada no estoy. Por Dios, Mai, ocultar pruebas en una pesquisa policial está penado, tengas el motivo que tengas. Debes tener en cuenta que estás entorpeciendo el caso, y eso es muy grave.

—Tienes razón, lo haré. Te prometo que lo llevaré. Si quieres vamos juntas para que veas que no miento.

—No hace falta, confío en ti.

—Gracias, ahora tengo que colgar. Te aseguro que cuando te lo explique mañana, lo entenderás a la perfección.

—Eso espero.

Hubo un silencio incómodo para las dos oyentes que rompió Mai con lo primero que se le ocurrió:

—Te he comprado un regalo.

—No tenías que hacerlo. Bueno, hasta mañana.

Al colgar la llamada volvió al encuentro de Paula a paso lento, casi arrastrando los pies. Tenía que sopesar con claridad y mente fría lo que debía hacer. Meditando, decidió que lo primero que haría sería disimular y silenciar lo que había descubierto, pero temió que la ansiedad la superase. Suspiró y puso los ojos en blanco. En el fondo la inquietaba que su madre se diese cuenta de que ocultaba algo, y no estaba precisamente en el lugar idóneo para soltar un bombazo.

Fue acercándose a Paula ensimismada en sus pensamientos. Un escalofrío recorrió su cuerpo, provocándole un ligero mareo. Hizo acopio de valor y entereza para que nadie se percatase de su estado. Al verla en la misma tesitura, llorando a lágrima viva y siendo el centro de interés, sonrió de forma forzada.

Sus sentimientos se entremezclaban entre el bien y el mal. ¿Qué debía hacer en un caso tan complicado y personal? En ese momento hubiera deseado no haber hecho ninguna pesquisa y haberlo dejado como estaba. Se odió por eso.

Sabía que lo normal en estos casos sería coger a su progenitora de la mano para reconfortarla, pero temía que, encima de todo lo que había pasado, la rechazara en público, y se abstuvo. Era extraño el afecto y a la vez el recelo que sentía por su madre.

Se quedó a una distancia prudencial observando cada gesto de la reciente viuda. Paula parecía haberse escondido detrás de una coraza, la cual pensaba que jamás podría traspasar para conocer a la verdadera mujer. Nunca habían estado muy unidas y, a la vez, jamás habían estado separadas. En efecto, era extraño. Pensaba que sería un dilema imposible de descifrar.

Pudo salir de su ensimismamiento al ver que el oficio había terminado.

9

Ya fuera del tanatorio, Paula portaba la urna con los restos de Dante como un tesoro precioso. Los asistentes fueron despidiéndose poco a poco. Después de un goteo constante de mensajes de consuelo, madre e hija se encontraron a solas. El envase parecía haberse convertido en incandescente y ella decidió que lo portara Mai:

—Toma, lo llevaremos ahora mismo a un bosque cercano y lo lanzaremos al viento.

—Pero ¡mamá! ¿No puedes esperar a mañana? Estoy cansada.

—Para qué esperar. Cuanto más rápido, mejor para nosotras. Debemos seguir con nuestras vidas. Ya no podemos hacer nada por él.

Al ver la cara de su madre, dudó si la viuda tenía la losa del arrepentimiento encima de la cabeza y deseaba desprenderse de ella de inmediato. Aunque también pensó que, las dos a solas, en un sitio alejado de cualquier mirada, sería el momento idóneo para aclarar las dudas.

—De acuerdo, iremos donde paseaba con papá. Buscaremos a Nieve de camino, y así sale. El pobre debe estar desesperado.

—Y ¿no podemos ir a cualquier otro bosque?

—Me parece que no —dijo tajante.

—Vale, vale. Me parece bien.

Tardaron poco en llegar debido a la insistencia y el respirar acelerado de Paula. Parecía ansiosa. Mai aparcó su vehículo lo más cerca posible. Antes de bajar, la añoranza le jugó una mala pasada y tuvo que disimular su incipiente tristeza. Sabía que había elegido un espacio especial para ella porque suponía que le daría fuerzas para enfrentarse a su madre y que le confesara la verdad.

La tarde comenzaba a caer, pero el sol resplandecía todavía facilitándoles el camino hacia el mirador. Su acompañante parecía disfrutar de la escapada yendo de lado a lado, olisqueándolo todo. Las dos mujeres habían caído en un silencio incómodo que Mai quiso romper:

—Debemos ir con cuidado porque hay gente paseando y muchos niños jugando.

—Tranquila. Se hace tarde. Cuando lleguemos ya no habrá nadie.

Pronto divisaron la gran cruz que corona el islote de pinos donde es posible contemplar toda Barcelona en 360 grados. Al finalizar el propósito de la caminata, Mai decidió disipar las dudas y pedir explicaciones a Paula:

—Siéntate un momento, por favor —dijo con tono suave y firme a la vez—. Debemos hablar.

Mai señaló con la mano extendida un banco del mirador como testigo de la charla. Su madre tenía razón y la gente que había acudido a ver las vistas fue desapareciendo como por arte de magia. Nieve parecía ausente oliendo todo lo que se presentaba frente a su nariz, girando alrededor de ellas dos, que parecían reacias a tomar asiento.

—¿Estás bien, hija? ¿Estás enfadada conmigo? —preguntó restregándose las manos con nerviosismo—. Dame la urna, debes estar cansada de llevarla —dijo la anciana, alargando las manos para atrapar el objeto en un intento de seguir adelante con su deseo.

—No, estoy preocupada por ti.

—Estaré bien —Paula parecía mirar a un horizonte imaginario—. Dante me dejó bastante dinero como para subsistir toda mi vida y para que tú también puedas hacerlo. Con tu padre vivimos una época de austeridad, pero con mis dos maridos siguientes logré una gran fortuna, y ahora es tuya.

—¡Mamá! Me refiero a la muerte de Dante —dijo alzando la voz.

—¿Qué pasa con él? Ya ha fallecido.

—Por eso, porque sé que no ha sido de muerte natural. Sí, lo he descubierto —afirmó gesticulando de forma exagerada—. ¿Qué te creías, que podrías engañarme?

Ante la gravedad de las acusaciones de su hija y al verse descubierta, la viuda posó la urna que todavía portaba en el suelo con manos temblorosas. Al incorporarse, tuvo que rotar con tiento para poder enfrentarse a Mai y no caer rendida:

—¿Cómo puedes pensar eso de tu propia madre? —dijo con un hilo de voz.

—Porque lo envenenaste con cianuro, mamá.

Primero Mai tomó asiento, derrotada de un golpe seco; su madre, al notar que le fallaban las piernas, siguió el gesto de su hija. Una vez acomodadas como bien pudieron, las dos parecían ausentes e hipnotizadas por el horizonte, con la urna que descansaba en el suelo en medio de ellas.

Los vidriosos ojos de Paula se agrandaron poco a poco conforme alzaba la vista al cielo iluminado por los escasos rayos de luz que caían y se desperdigaban por las copas de los árboles como si fuese purpurina verdosa. La anciana parecía descomponerse por momentos hasta tambalearse en su asiento. La mano de Mai tuvo que sujetarla para que no cayera de bruces:

—¡Mamá! ¿Estás bien?

—No, hija. Estoy avergonzada. Lo siento mucho. Debes pensar que soy horrible.

Las emociones de Mai parecían viajar en una montaña rusa. Un revoltijo de sentimientos se acumulaba en su interior y temía que acabara por explotar, salpicando a la única persona que le quedaba en este mundo. Respiró con profundidad para calmar sus nervios:

—Vale, cálmate. Solo te pido un esclarecimiento. Lo necesito. —Se mordió el labio tan fuerte que notó el sabor de su sangre—. ¿A papá también lo envenenaste?

—Por Dios, hija. ¿Cómo puedes pensar eso? —dijo con la voz afectada por un nudo en la garganta —. Aunque lo hubiese hecho de haber tenido la oportunidad.

—¡Mamá! Ahora sí que te veo como a un monstruo —gritó.

—Tu padre no era como piensas —dijo con pena. Tragó saliva y decidió envalentonarse por una vez en su existencia para destapar su verdad, silenciada desde hacía demasiado tiempo—. Te oculté muchas cosas que estuvieron a punto de acabar con mi vida en demasiadas ocasiones.

—Eso no puede ser verdad —contestó abatida.

Por un momento deseó zarandearla por los hombros hasta que retirara sus palabras. Le era imposible asimilar el terremoto que azotaba su infancia. El silencio había invadido el espacio entre ellas, y Mai no estaba dispuesta a resignarse con tal confidencia:

—Recuerdo lo felices que erais.

—Aprendí a ocultártelo a ti y al resto del mundo —dijo avergonzada. Miró a los ojos de Mai para suplicarle perdón—. Era un ser estricto, con mucho genio y la mano muy larga. Lo siento mucho, hija.

—No puede ser cierto —negó con la cabeza de forma enérgica.

—Debí decírtelo hace mucho tiempo, pero no pude. Me avergonzaba de mí misma, de no tener el valor de enfrentarme a él.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tenía mucho miedo —dijo con voz temblorosa—. Me horrorizaba la idea de perderte y que no me dejara verte nunca más. ¡Estabais tan unidos...!

—Lo siento —dijo en un amago de reconfortar a su madre. Pero una brizna de rencor parecía rebrotar dentro de su pecho—. Aunque nunca percibí tu cariño.

—No es verdad, hija. Es la imagen que tienes. Intentaba no tener contacto físico contigo delante de él para evitar sus celos. Jamás te daba un beso para no provocarlo. Hasta hace poco, sentía pavor al oír un portazo, como los que durante casi una década prolongaron las sacudidas de furia de tu padre. Me pegaba porque sí.

—No recuerdo nada de eso —sollozó hipando—. Perdóname.

—Tranquila, hija. Es hora de destapar toda la verdad. Ya eres una mujer adulta capaz de entender lo que pasó. —La anciana tragó saliva y prosiguió—. Me casé a tu edad porque tuve que cuidar a mis padres enfermos. Era hija única y me necesitaban. Al morir ellos conocí a tu padre y... —carraspeó ante los recuerdos.

—¿Estás bien? —peguntó preocupada.

—Sí, tranquila —dijo aclarando la voz. Quiso omitir parte de la historia para no zaherir más a su hija. Con ese pensamiento recobró la entereza, cerró los ojos y prosiguió—. El día que murió fue por un infarto, sin duda por el sobreesfuerzo que le supuso darme una paliza de muerte y dejarme el cuerpo amoratado. Tú estabas en el colegio; siempre ocurría cuando tú estabas fuera, y el demonio atacaba con crueldad. Eras su princesa y los grilletes que me sujetaban para que no marchara y lo abandonara a su suerte.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

Ante esa pregunta, Paula abrió los párpados e hizo el amago de mirar a su hija, aunque no pudo. Solo respondió con la mirada al frente:

—Lo adorabas como a un dios, y no quería desgarrar tu infancia—. Cuando desapareció fue la bendición para las dos. Lo único que pretendía era seguir con nuestras vidas. Solo deseaba dejar atrás los golpes y desprecios. Debes entenderlo, con mis dos últimos maridos siempre pretendí que te quisieran como a una hija y darme una oportunidad para ser mejor madre. Me equivoqué de personas. No sabes cuánto lo siento.

Un leve silencio invadió el poco espacio que existía entre las dos mujeres. Paula ocultó, sin saber por qué, la parte de los dos policías cuando encontraron la terrible escena. Las heridas de la mujer que les abrió la puerta parecían invisibles. La ignoraron como a un alma en pena cargando con los grilletes de un pasado oscuro. «¿Qué pensarían al verla? ¿Que lo había hecho ella al intentar reanimar el cuerpo sin vida de su marido? ¿O sea, de su compañero de trabajo?», pensó. En un intento de evadirse y de calmar los nervios dijo:

—Podría haber sido peor —añadió amagando humor, pero rompió a llorar al desgranar su memoria.

La memoria de Mai resurgió. Podía sentir el terror de su madre, siempre con manga larga para tapar los moratones en el caluroso verano Barcelonés. Pesadillas infantiles que ahora entendía como peleas que escuchaba desde su cuarto.

—Perdóname —sollozó antes de derrumbarse de nuevo en lágrimas.

—Hija, todo lo he hecho por ti.

—No digas eso —dijo hipando.

—De acuerdo, adelanté la muerte de Lorenzo y Dante, pero tenían una edad muy avanzada y me hacían la vida imposible. Y a ti no te querían, que es lo que más destrozaba mi corazón.—¿También te maltrataban? —preguntó con mucho tacto y parando de llorar. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano para poder ver el gesto de su madre.

—Pensé que con tu padre había aprendido la lección —dijo con la mirada perdida—, pero con todos mis maridos, puede decirse que sí.

—No te entiendo.

—Lorenzo era un hombre dotado de una inteligencia excepcional, listo, y a la vez cruel y un encantador de serpientes fuera de casa. Dante parecía diferente, al principio, pero también tenía problemas psicológicos que le fueron desamarrando del mundo a medida que envejecía. En fin, los hombres cambian, hija. Ahora entiendo por qué no tienes novio.

—Pero es horrible —Levantó las palmas de la mano en gesto de incredulidad—. No puedes ir por ahí matando a tus maridos.

—Creo que he hecho un buen acto de caridad. Los dos estaban enfermos y les he aliviado su sufrimiento.

—Por Dios, ¡óyete! Si tan malos eran, podías haberte separado.

—De eso nada, te habrían desheredado. Me habían amenazado con eso, y sabían que eres mi punto débil. Sin ti mi vida no tiene sentido.

Las dos mujeres se abrazaron al fin en una tesitura inverosímil. El crepúsculo adelantaba un viento gélido y, al separarse, notaron cómo se les erizaba el vello. Fue Mai quien decidió romper el silencio:

—Vamos, esparzamos las cenizas y volvamos a casa. Se hace tarde y tengo que asimilar todo esto.

Así lo hicieron, en silencio y sin poder añadir ni una sola palabra entre ellas. La viuda cogió el recipiente levantándose de su asiento; su hija la siguió hasta llegar al bosque de pinos, sin adentrarse demasiado. Al destapar la urna sintieron el ulular del viento y se miraron antes de vaciar el contenido.

Los restos de una muerte encubierta se esfumaron en un torrente de viento que persiguió Nieve ante la mirada atónita de Mai, quien reprendió al animal.

La noche acechaba los movimientos torpes y serpenteantes de tres figuras guiadas por las farolas del mirador hasta el aparcamiento cercano. De vuelta a casa reinó el silencio.

10

Apenas pudo pegar ojo esa noche. Su madre parecía dormir a pierna suelta. Durante horas la estuvo observando como a un ser extraño que empezaba a reconocer conforme evocaba las crudas palabras que surgieron de su boca, la misma que rezumaba justo a su lado.

Habían decidido dormir en una de las tres habitaciones de invitados, siempre vacías por las pocas visitas que acudían. Le hizo gracia pensar que en un principio era la suya, aunque apenas la estrenó en las escasas salidas del internado que fue su hogar hasta que cumplió los dieciocho años y decidió vivir por su cuenta, con la estimable ayuda de Dante, que parecía especialmente dichoso con su deseo.

Al pensar en él se le erizó el vello. Dio la vuelta para no tener contacto visual con su madre, aunque la pared no logró que sus pensamientos cesaran. Entre sueños y desvelos, le hizo falta matar a su padre dos veces: cuando se le rompió el ídolo de su infancia y al pensar que había fallecido y enterrado con él la amenaza de su progenitora.

Al notar a Paula removerse en la cama, se le escapó un suspiro y dijo en tono suave:

—Mamá, ¿te importa que vaya a mi piso a recoger algo de ropa?

—Tranquila —dijo desperezándose—. Puedes ir. Estaré bien.

—De acuerdo. De paso haré unas gestiones en la comisa…

Se arrepintió de haber hecho el comentario antes de haber acabado la frase. Levantándose de un salto provocó que Nieve se alzara de la manta que había colocado cerca de la cama. El animal fue hacia Mai moviendo el rabo con energía.

—¿Vas a denunciar a tu propia madre? —preguntó con los ojos engrandecidos.

—Por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso? —Puso los ojos en blanco, tragó saliva y prosiguió lo más calmada posible—. Aunque tenemos mucho de qué hablar.

—Está bien, hija.

—Me quedaré contigo y tendremos tiempo de dar explicaciones.

—Como quieras.

Después de vestirse con la ropa de la noche anterior, se despidió de su madre con un intento fallido de besarla en la frente y se fue a su piso. Nieve la acompañaba engalanado con la cinta rosa que lo unía a Mai.

Podía haber cogido el coche, pero debía pensar en todo lo que había sucedido. Necesitaba blandir sus pensamientos al viento y despejarse . De camino a casa, su mente volaba en un mundo de sensaciones. Tuvo que sacudir la cabeza varias veces para centrarse en un propósito y no perturbarse demasiado. Ahora debía ser fuerte, por su madre.

Al pasar por delante de la comisaría sus pies se detuvieron de repente. Parecían no obedecerle. Miró a Nieve, que esperaba una señal para seguir con el paseo. Con una sonrisa resignada dio media vuelta y entró en el edificio.

Fue directa hacia la cabina de ingreso:

—Hola, quisiera hablar con un inspector sobre un caso.

—¿Y usted es?

—Soy Mai Sola Celada, médico forense de La Gacela y policía en prácticas —dijo mientras sacaba su documento de identidad de su cartera. Casi se le escapa de las manos del nerviosismo y de la mentira que había soltado en una comisaría. Ignoraba lo que estaba haciendo, pero ya no podía parar.

Tras examinar la credencial, el agente le pidió que esperase en una sala. Pasaba el tiempo y nadie acudía. Pensó que se habían olvidado de ella cuando apareció un hombre uniformado llamándola por su nombre.

Siguió al policía hasta un despacho. La hizo entrar y cerró la puerta a su paso. Una vez acomodada delante de una mesa, Mai soltó el lazo rosa de Nieve y lo aupó para sentarlo en su regazo y acariciarle la cabeza. Estaba frente a un hombre de piel negra, fuerte, cincuentón y barriga incipiente. Se sentía turbada y tuvo que aclararse la voz antes de poder gesticular palabra. El hombre se le adelantó, dejándola con la boca abierta.

—Soy el inspector Gonzo Santos —dijo el hombre ofreciendo su mano.

—Médico forense Mai Sola Celada. —Aceptó el gesto con un apretón de manos.

—Me han dicho que quiere preguntar por un caso. ¿Se trata de algún indicio de asesinato en el depósito?

—No, es la desaparición de Luisa Poveda Alcina, una vecina mía. Este es su perro —dijo volviendo a acariciar al animal—. Lo encontré escondido en el rellano y, cuando vinieron los agentes, decidí quedármelo hasta que ella apareciera.

—Entiendo —añadió mientras revolvía una pila de papeles—. Aquí lo tengo. Es un caso muy extraño. Disponía de teleasistencia domiciliaria y encontramos la medalla en su casa. —Leyó durante unos segundos mientras ella lo observaba—. Sin familia. Las vecinas no escucharon ni vieron nada relevante a la causa. ¿Y usted?

—Nada, que recuerde.

—Entendido —dijo Gonzo mirando a Mai—. Nada nuevo. En cuanto sepamos algo la llamaremos —Se recostó en su butaca para dar por finiquitada la visita—. Iremos a preguntar de nuevo por el barrio para ver si alguien sabe algo de ella. No se preocupe, puede que haya marchado unos días y se olvidara del perro. A estas edades…

—¿Ha visto los carteles que hay colgados en el barrio? —Se apresuró a decir Mai antes de que acabara la visita.

—Sí, lo sé. En la ciudad hay cientos de casos. Tenga en cuenta que vive en un barrio residencial donde hay muchos jubilados. —Al ver el gesto de enfado de Mai, el hombre intentó calmarla—. Mire, me ocuparé personalmente del caso.

—Está bien —expresó resignada, torciendo la boca.

Un sentimiento de amargura parecía invadir todo el cuerpo de Mai al pensar que Luisa no tenía a nadie que colgara un cartel con su fotografía.

—Si recuerda algo más ¿puede avisarme?

—Lo haré. Si no quiere nada más —mencionó Gonzo impaciente—, tengo mucho trabajo atrasado.

—Ahora que lo dice… ¿Le puedo pedir consejo sobre un caso de maltrato?

—Por supuesto —dijo el hombre enderezando su postura por el interés que le había provocado la pregunta.

—Tengo una amiga que sufrió maltrato durante muchos años y nadie lo supo. Me lo ha confesado después de…, digamos ponerla entre las cuerdas.

—Entiendo —dijo Gonzo cogiendo un bolígrafo que había cerca de su mano para, después, dar ligeros golpes en la madera sin perder de vista a la mujer.

—El tema es que desconozco cómo ayudarla.

—Es lo común: cerrarse en sí misma y ocultar todo lo que está sufriendo, pensando que así apaciguará a su maltratador, pero nunca da resultado porque es eso precisamente lo que ese ser malvado desea.

—¿Y qué se puede hacer en estos casos?

—Lo primero es denunciar —añadió el agente en tono firme y soltando el bolígrafo.

—Lo sé, pero el hombre al que me refiero ha fallecido de un infarto.

—Hagamos una cosa: le doy el teléfono de la psicóloga de la comisaría y…

—No hace falta. —Hizo amago de levantarse—. Gracias de todas formas.

—Entiendo. Son situaciones complicadas. Llevo varios casos de difícil desenlace —dijo el inspector recostando la espalda en su asiento. Al examinar a Mai notó una profunda tristeza en ella—. Si pudiera, cogería a esas mujeres y las llevaría lejos de sus maridos o parejas, pero la mayoría no está dispuesta a hacerlo.

—Y ¿no se las puede obligar de alguna manera?

—De forma legal, no.

—Gracias por responder

—Mire, le doy mi teléfono —dijo Gonzo ofreciéndole una tarjeta. Mai la pinzó entre sus dedos y jugueteó con ella—. Cualquier consulta sobre Luisa o su amiga, no dude en llamarme.

—Gracias, lo haré.

Mai salió de la comisaría con más dudas de las que tenía al entrar. Aun así, examinó con interés la cartulina impresa y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

11

El resto del camino lo hizo hipnotizada en sus pensamientos hasta quedar delante del piso de Luisa. Ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí. Un halo de luz invisible e intermitente le señaló el timbre y pulsó; esperó un rato. Parecía que su acompañante también estaba impaciente esperando que la puerta se abriera. Al no recibir respuesta ni pasos que delataran la presencia de su vecina, insistió de forma compulsiva en varias ocasiones, hasta desistir en el intento.

Miró las demás puertas del rellano. El ambiente estaba más silencioso que de costumbre. Hizo un amago de llamar a otra puerta, pero la venció el cansancio. Pensó en hacerlo después de recoger algunas pertenencias y antes de marcharse por unos días, quizá meses, tal vez para siempre. No lo sabía.

Al entrar en su domicilio y ver la fotografía de su padre, le entraron ganas de llorar. Agachándose para quitarle la cinta a Nieve le cogió la carita entre las manos:

—¿Por qué me pasa esto a mí?

El animal se desprendió de ella y fue corriendo a la cocina. Mai fue detrás y le puso un bol de agua.

—Tengo que comprarte pienso y una correa nueva.

Quedó frente a la nevera sin atreverse a abrirla hasta que recordó que quedaba un poco de queso y le dio un trozo a Nieve. Al volver la vista no pudo soportar los ojos de su padre impresos al lado de su madre. Fue hacia el mueble y cogió la foto para ponerla boca abajo.

—Sabes, Nieve —dijo al animal, que parecía escucharla sentado en el sofá, atento a cualquiera de sus movimientos—. Cuando llegaba a casa del colegio, mi padre me esperaba en la puerta, impaciente por llevarme a pasear por nuestro mirador favorito. Lo pasábamos bien. A la vuelta teníamos la cena puesta en la mesa y todo recogido. —Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza—. Lo que me molesta es que mi madre nunca fue cariñosa conmigo, ni un beso de buenas noches, ni palabras afables. Me eludía como si no le interesara nada referente a mí. Alguna vez pensé que no era una niña deseada y que, quizá, prefería un niño.

Parecía haber despertado de un letargo eterno cuando se percató de que su única compañía manifestaba reclamarle ese afecto extraviado. Despacio, fue hacia el sofá y se sentó junto al animal y estuvo largo rato acariciándolo, con la mirada perdida en alguna parte del comedor.

De repente, Nieve dio un respingo para, después, colocarse delante de la puerta. Parecía nervioso. Mai pensó que había escuchado a su dueña entrar en casa. Fue hacia la entrada y la abrió. El animal salió disparado, pero, ante su sorpresa, se dirigió hacia otra vivienda.

Tras quedarse parada sin entender la rebeldía de Nieve, frunció el ceño, a la vez de apretar los labios. Su cabeza parecía desviarse a ambos lados del pasillo como buscando algo que le desvelara un ápice de luz. Al no encontrarla decidió probar suerte con el timbre de Luisa. Varios intentos hicieron que desesperase:

—¿Qué te pasa, Nieve? Vamos, entra en casa. Recogeré algo de ropa y nos marcharemos.

Parecía que el instinto del animal le quisiese decir algo que ella no podía entender. Meditó unos segundos si seguir la señal canina u olvidar que era solo un perro que habría olfateado un

estofado. Alzó los brazos derrotada y fue acercándose hasta llegar a Nieve, cogerlo en brazos y que no molestase. Suspiró al darse cuenta de que, al menos, no había ladrado.

—Eres un perro bueno. Haré caso y peguntaré por tu dueña. Puede que sepan algo de ella. Como sea cierto, echaremos juntos un décimo de lotería —dijo sonriendo en la oreja peluda de Nieve.

Sin más demora tocó el timbre y esperó impaciente una respuesta, pero no acudió nadie a atenderla. Escuchaba el sonido leve de una charla entre susurros. Luego, callaron. Llamó de nuevo sin resultado

—No es posible. Pero ¿qué pasa en esta comunidad?

Estaba enfadada. Con el animal en brazos fue hacia su piso y entró. La puerta la había dejado abierta, así que la cerró a su paso y dio varias vueltas por el comedor antes de dirigirse hacia su cuarto y dejar a su compañero encima de la cama:

—Recogeré unas cuantas cosas y nos iremos de aquí de inmediato; de lo contrario, me volveré loca.

De camino a casa de su madre, compró comida y un collar para Nieve.

Cuando salía de la tienda, cargada y molesta con los acontecimientos, se detuvo en seco al acordarse de que todavía no había llamado a Nina. Era su cumpleaños y se lo iba a perder. Le resultaba imposible dejar sola a Paula e irse con una amiga; tampoco había recogido el regalo que le había comprado. Era tarde para volver, o puede que fuese una excusa impuesta por ella misma.

Bufó al imaginársela dolida por ese motivo y molesta por no haberle dado explicaciones del encargo que le pidió.

El estómago parecía quejarse del vacío. Tan siquiera se había dado cuenta de que era la hora de comer. Miró a Nieve, que esperaba el movimiento de su dueña para comenzar a caminar. Mai sonrió con ternura y dijo en tono sarcástico:

—Espero que no haya lentejas.

Tras suspirar varias veces, sacó esa idea de su cabeza para encaminarse hacia su nuevo destino.

12

Al cerrar la puerta, Mai puso las llaves en el cenicero en respeto a Dante, cuando notó las voces de dos personas charlando. Una era su madre, pero desconocía a quién pertenecía la segunda. Imaginó a alguna vecina consolando a la doliente viuda. Puso los ojos en blanco al pensar que Paula estaría seca de tanto llorar. Aun así, decidió avisar de su llegada:

—Ya estoy en casa.

Antes de soltar la correa de Nieve el animal salió corriendo y saltó al sofá. Después de dejar las bolsas en el recibidor, ella fue detrás. Había una mujer extraña sentada al lado de su madre, cogiéndole de las manos. Al ver a Mai, se silenciaron.

Una cierta extrañeza sobrecogió a Mai al observar las mejillas de Paula secas. Algo pasaba, lo notaba por una cierta seriedad que inundaba el ambiente.

—¿Qué pasa?

—Hola, Mai, soy Maite, la asistenta social de tu madre. ¿Podemos hablar en la cocina?

La visita se levantó de su asiento y cogió del brazo a Mai, que la siguió como una marioneta. Mientras se alejaba, ella volvió la cabeza para asegurarse de que su madre estaba bien. Tenía un mal presentimiento, afianzado al notar que Paula estaba empeñada en contemplar el televisor, pareciendo ausente a la demanda de la asistenta. Aunque a su hija no la engañaba al descubrirla acechándola de reojo para volver la vista al frente.

Una vez en la cocina, las dos mujeres comenzaron a charlar en voz baja:

—Debemos hablar de tu madre.

—¿Está bien?

—Me ha llamado —dijo la mujer en tono preocupado—. Quiere ingresar en una residencia.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Mira, te lo voy a explicar: al llegar le he preguntado por ti y me ha dicho que no tiene ninguna hija.

—¡Mamá! —gritó con el propósito de que Paula la escuchase, pero Maite siseó para que callara.

—Tranquila, sé que miente. Lo que le pasa es que está en estado de shock. Es normal después de la pérdida de un marido. Ahora tiene que empezar una nueva vida sin…

—Se quedará conmigo —dijo negando con la cabeza—. Yo cuidaré de ella.

—Escucha. Le iría bien alejarse un tiempo de aquí. Te aseguro que es lo mejor. Si no fuera así, estaría de acuerdo contigo para que se quedara en casa con su hija.

—Está bien —contestó resignada después de pensarlo durante unos segundos.

—No te molestes con ella. Es natural que piense que ya no tiene razón para vivir en el lugar donde convivió con Dante.

—Ya, ya. Bueno. Si ella quiere eso, por mí encantada —su tono era de enfado. Lo demostró al torcer la boca—. ¿Cuándo?

—Hoy mismo. Ya sabes cómo es tu madre. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque.

—Pero ¿no hay lista de espera en esos centros?

—He movido algunos hilos. Sabes muy bien que no tiene problemas para hacer efectiva la cuota mensual. Tiene bastante dinero como para poder pagarse una buena estancia. Ha elegido Las Masías de Collserola, está considerada como una de las mejores de Barcelona. La tendrás cerca para poder ir a visitarla siempre que quieras.

—Si es lo que ella quiere…

—Espera —Carraspeó antes de seguir—. Hay más.

—Sorpréndeme.

—Quiere que firmes su incapacidad y que lleves todas sus cuentas.

—¿Cómo? —preguntó levantando las manos y poniendo las palmas hacia arriba—. ¡Pero si está como una rosa!

—Entiendo que estés molesta —dijo Maite en tono suave—. Solo quiere llamar la atención. Lo mejor será que le sigas la corriente.

—Lo que me faltaba —Mai bufó y puso los ojos en blanco.

—Tranquila, yo me encargaré de todo.

—Os acompañaré para asegurarme de que es realmente lo que desea. Puede que se arrepienta nada más llegar.

—Es una mala idea, hazme caso. Permite que se instale y vienes mañana. Tendré los impresos preparados para que los firmes.

—De acuerdo —dijo levantando los hombros—. Rellenaré el papeleo que haga falta. No puedo hacer nada más.

Al volver al comedor pudo contemplar una maleta apoyada al lado de la puerta del recibidor. Se preguntó cómo no la había visto al entrar. Puede que su madre la hubiera puesto mientras charlaba en la cocina. Negó con la cabeza al observar a Paula rehuyendo su mirada.

—¿Estás lista, Paula?

Ante la pregunta de la asistenta, la anciana, levantándose, fue a ponerse el abrigo como si tuviera prisa por marchar. Asintió a su acompañante y se dirigió hacia la salida.

—¿No te vas a despedir de tu hija?

Sin decir palabra, Paula se deslizó despacio desandando el camino hasta llegar a Mai, la besó de forma leve en una mejilla sin mirarla a los ojos y volvió a la puerta con la cabeza gacha. Quedó inmóvil a la espera de la asistenta, sin saber cómo reaccionar, agarrándose las manos con nerviosismo. Después de unos segundos interminables decidió girar levemente la cabeza para mirar a su hija a modo de súplica.

El gesto provocó en Mai desconcierto. Se mordió el labio, rabiosa, y también enternecida. No entendía el comportamiento de su madre. Suspiró de forma ruidosa intentando que Paula entendiera su descontento y, a la vez, temió que, quizá, estuviese haciéndole daño de alguna forma que a ella le era imposible calcular.

La asistenta echó una mirada paciente a Mai, sacudiendo la cabeza de lado a lado con disimulo antes de que Paula abriera la puerta y esperara en el rellano a su acompañante.

Una vez a solas, a Mai el silencio parecía aplastarla como una losa invisible. Apenas podía respirar. Sentía un nudo extraño en el estómago. Aunque todavía no había comido, sabía que se debía a la ansiedad. Habían pasado demasiados episodios incomprensibles en pocos días.

Una mirada a Nieve fue el detonante para que se le erizara el vello. El animal estaba en una postura rígida dando el efecto de querer salir corriendo. Todavía estaba con la cinta atada a su cuello:

—¡Vamos, demos un paseo!

Se encontraba delante de la puerta cerrada y tuvo que girarse para coger las llaves del cenicero. Al hacerlo, notó el ambiente enrarecido. Solo permanecía encendida la luz del recibidor, que parecía subir y bajar de intensidad de forma caprichosa, y ello le provocó un escalofrío.

Su brazo manifestó un pequeño temblor que hizo tintinear el metal en sus dedos. Sin poder evitarlo, echó un vistazo a Nieve, que también fijó su vista en ella esperando el próximo giro. Se dio cuenta de que mantenía agarrada la correa que la unía al animal con fuerza por la tensión del momento.

En un impulso, alargó la mano para apagar la luz que quedaba encendida con un gesto brusco. Nieve siguió el ligero tirón para, después, volver los dos a la postura inicial. Como si la persiguiera el mismísimo diablo, Mai abrió la puerta del todo. Con nerviosismo y echando una última ojeada a la oscuridad del interior y después al suelo, agarró las bolsas que había dejado en la entrada y salió despavorida.

Una vez en la calle pudo respirar hondo y llenar sus pulmones de serenidad.

13

De nuevo estaba en su hogar. Tenía pensado relajarse el fin de semana e ir al trabajo el lunes, sin avisar a Nina. Total, estaba en prácticas y había hecho más horas de las exigidas para su cometido. Además, debía pensar una excusa plausible por haber huido de su cumpleaños y darle un esclarecimiento razonable del análisis del cabello de Dante.

Suspiró varias veces dando paseos por el comedor. Observó a Nieve. Su acompañante dormía plácidamente en el sofá, ajeno al dilema de su compañera. Al mirarse las manos notó una ligera sacudida. Los nervios parecían aflorar cada vez que divisaba el portarretratos. Al final optó por sentarse al lado de Nieve, pero duró poco:

—¡Vamos!

Para ir a la residencia donde estaba su madre decidió coger un taxi, que la dejó en la lujosa entrada: demasiado nerviosa para conducir. Al bajar del vehículo y observar el jardín, quedó prendada. Parecía un paraíso desde el exterior y, por un momento, dudó de que fuese igual en todo el recinto.

Atravesó el camino empedrado mirando hacia todos los rincones visibles, acompañada de su nuevo y fiel amigo, que parecía encantado con la salida. Al llegar preguntó en la entrada. Enseguida vino a recibirla la misma asistenta que conoció el día anterior:

—Hola, Mai. He preparado los informes.

—¿Y mi madre? ¿Está bien?

—Sí, luego la veremos. Está jugando a las cartas en el salón.

Se desviaron a un pequeño despacho para poder hacer las gestiones con tranquilidad. Mai no daba crédito por la rapidez del ingreso. Pensó en el peso del dinero y el efecto que tiene en cualquier asunto, y en la dificultad que sufren los demás mortales que no llegan a fin de mes.

—¿Qué es esto? —preguntó al llegar al primer papel.

—Es el cambio de titularidad de sus bienes.

—No lo pienso firmar —dijo apartando el impreso como si quemase—. Hablaré con mi madre. Esto se le está yendo de las manos.

—De acuerdo. No tienes que hacerlo ahora. Habla con Paula y comprobarás que aquí está mucho mejor que en cualquier otro lugar. —La mujer la cogió de las manos y la miró a los ojos con ternura—. Se ha adaptado muy bien, y hasta tiene amigas con las que compartir el día a día. Trabajas ¿verdad?

—Sí, claro. Pero…

El silencio de Mai corroboró el argumento de la especialista en el tema. Asintió apretando los labios.

Antes de levantarse del asiento, Mai miró a Nieve, que descansaba en su regazo, para después dirigirse a Maite:

—¿El perro puede ir conmigo? —preguntó con angustia—. No había pensado antes en el impedimento de entrar animales.

—Tranquila, puede quedarse.

Las dos mujeres recorrieron el pasillo en silencio y subieron a la primera planta en ascensor. Nieve las acompañaba ante las atentas sonrisas de los residentes, que lo veían pasar embelesados. A más de uno se le escapaban unas palabras de halago a su belleza.

Al asomarse por la puerta del salón, con gesto de asombro, Mai pudo comprobar lo que le había adelantado Maite. Su madre estaba sentada con tres mujeres alrededor de una mesa y jugaba una mano de mus. Las risas eran las protagonistas de la ociosa jornada.

—Tengo que atender mi trabajo —dijo dándole una palmadita en la espalda.

Las dos mujeres sonrieron, aunque el gesto de Mai era de incredulidad. Al quedarse sola delante de la puerta de entrada, en un arrebato de valentía, cogió a Nieve en brazos como si fuese su escudo protector y fue hacia Paula.

Cuando las ancianas se percataron de la presencia del animal, lo comentaron con una gran sonrisa. Al oír los murmullos, Paula no dudó en girarse y, al ver sus visitas, se levantó en seguida y fue a arrebatarle a Mai el can:

—Es Nieve, me lo ha traído mi hija —dijo con alegría, enseñándolo a sus amigas e ignorando a Mai.

—Mamá, debemos hablar.

—Sí, sí. Luego.

Ante la indiferencia de su madre, Mai decidió esperar con la boca torcida hasta que Nieve dejara de ser el centro de interés. Incluso se acercaron residentes de otras mesas para acariciar al invitado especial.

Un hombre bien parecido de avanzada edad, como todos los que convivían en el edificio, se adelantó unos pasos hacia Mai y le ofreció su mano:

—Hola, soy Adam, amigo de Paula. Veo que has heredado el encanto y la belleza de tu madre.

—¿Cómo? —pregunto ella con los ojos engrandecidos.

Miró a su progenitora en un intento de súplica que fue lo bastante eficiente como para que se excusase con sus amigas y dirigirse a hablar con ella. Al verla acercarse con una gran sonrisa en los labios y cogiendo al animal igual que a un bebé, el corazón comenzó a latirle con fuerza. Una imagen de su infancia, entrecortada por el tiempo, parecía insistir dentro de su cabeza.

—Hija, gracias por traer a Nieve. Me alegro de verlo —dijo con gesto amable, que cambió al descifrar la cara de Mai—. Y a ti también, claro.

—Le estaba diciendo a tu hija lo mucho que os parecéis —Se adelantó a decir Adam—. Sois encantadoras.

La sonrisa forzada de Mai provocó en Paula un rechazo:

—Eres muy amable, Adam —dijo Paula mirando al anciano a los ojos—. Si nos disculpas, debemos hablar de asuntos familiares.

El hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, despidiéndose de Mai con un apretón de manos de forma cariñosa; luego, marchó.

Al quedarse solas, la anciana hizo un gesto con el brazo a su hija para que la siguiera hacia un jardín interior. Durante el trayecto no hablaron, pero Mai quedó sorprendida de que todo el que se cruzaba con ellas en su camino saludaba a su madre con una amplia sonrisa. De vez en cuando miraba de reojo a la nueva residente y no reconocía el brillo de sus ojos. Era la primera vez que la veía feliz y libre.

—Mamá, ¿estás bien aquí? —preguntó al tenerla sentada al su lado en un banco del jardín.

—Por supuesto, sí —afirmó Paula acariciando a Nieve, que parecía no querer despegarse de ella. ¿Has firmado los poderes?

—Pero ¿por qué?

—Hija, hace tiempo que tengo en mente descansar y despreocuparme de todo excepto disfrutar de la vida el tiempo que me quede. Todo lo que tengo es tuyo. Solo necesito el pago mensual del centro, y con mi seguro ya lo tengo cubierto.

—No sé qué decir —dijo abrumada—. Sabes que estaría encantada con que te quedaras a vivir conmigo. Podríamos irnos a tu casa…

—No, hija. Lo he pensado muy bien y creo que debes vivir tu vida. Cumple tus deseos y sé feliz. Ven a verme de vez en cuando y trae a Nieve.

—Bueno, eso no… —titubeó ante la tesitura de la desaparición de Luisa. Dudó si debía involucrarla en un asunto escabroso. Decidió callar—. De acuerdo, vendremos a verte cada día.

—No exageres. —Negó con la cabeza—. Hija, estaré bien. Tengo muchos amigos nuevos y estoy bien cuidada.

—Nada de maridos —dijo en un arrebato. La risa de Paula parecía no contagiársele a Mai—. Debes prometérmelo.

—¿Te refieres a Adam? Hija, es gay.

—¡Tú, júramelo!

—Tranquila, si me aseguras que lo de Dante quedará entre nosotras.

—Trato hecho —dijo molesta.

—Hazme caso y disfruta de la vida. Podrías hacer un viaje a un lugar bonito. Pago yo. —La anciana guiñó un ojo—. O lo que te dé la gana. Te aseguro que no necesitarás trabajar más el resto de tu vida.

—No te preocupes, puedo cuidarme sola. —Al ver el gesto triste de Paula, su hija cambió de sentido—. Pero te lo agradezco. Un viaje no me iría mal —aseguró pensando en todo lo acontecido los últimos días.

La charla se desvió a temas triviales, que destensaron el ambiente. Las dos mujeres parecían al fin poder sonreír en sintonía, después de despedirse hasta la nueva visita, intercambiando un leve beso en la mejilla en un intento de ir poco a poco, y carantoñas para Nieve, que parecía encantado con ser el testigo del nuevo rumbo que daba la relación entre madre e hija.

Antes de irse, Mai firmó todos los documentos que Maite le tenía preparados.

14

Suspiró varias veces al entrar de nuevo en su hogar. Después de soltar la ligadura de Nieve, su cuerpo se relajó. Estaba agotada física y moralmente.

Lo primero que hizo fue ponerle comida a su nuevo amigo y un bol de agua. El animal devoraba el pienso con ansia mientras ella, atónita, no podía dejar de observarlo; lo que supuso que su estómago también reclamara alimento.

Nada más abrir la nevera se dio cuenta de que debía hacer de nuevo la compra. Miró a Nieve con el ceño fruncido ante el pensamiento de poder dejarlo o no en casa solo mientras ella salía a adquirir abastecimiento. Después de meditarlo unos segundos, se dijo que no tardaría demasiado si se organizaba:

—¿Te portarás bien? —peguntó sabiendo que no obtendría respuesta—. Vendré enseguida.

A su vuelta, cargada de bolsas, las dejó en la puerta de entrada antes de abrir. Esperaba no encontrarse todo revuelto, aunque presentía que no. Nieve había demostrado ser una buena mascota. Aun así, dudó si debía abrir de golpe o necesitaba un suspiro más para enfrentarse a lo desconocido.

Un resquicio abierto fue la oportunidad que aprovechó el animal para salir disparado ante la atenta mirada de Mai sin poder hacer nada por evitarlo. Con la boca abierta y sin saber cómo reaccionar, observó que se dirigía hacia su vecina contigua y rascaba la puerta sin cesar. Las luces parpadeantes fueron las que la sacaron de su ensimismamiento.

Nada más reaccionar, se dirigió hacia Nieve todo lo deprisa que pudo, agarrándolo con fuerza porque parecía resistirse en su empeño:

—Pero ¿qué te pasa? —susurró.

Lo sujetó bien para que no se soltase de nuevo, aunque Nieve se revolvía de forma agresiva. Temió que le mordiera la mano. En todo el tiempo en el que había estado con ella, el animal nunca se había comportado de esa manera. Le extrañó que cuando tenía la posibilidad de escabullirse fuese siempre hacia esa puerta y no a la de Luisa. Lo remiró como intentando entender el conocimiento canino y la hizo pensar en su vecina desaparecida:

—¿Echas de menos a Luisa? —susurró mirando al animal—. Pero no eres muy inteligente que digamos.

Consiguió llegar a su piso como si llevara una anguila salvaje entre sus brazos. Tuvo que arrastrar las bolsas de la compra con los pies hasta introducirlas en el interior, cuando algo la distrajo. El sonido de unas llaves resonó a su espalda. Parecía que sus vecinas salían y temía que le echaran la bronca por las rascadas de Nieve.

Con cuidado de parecer invisible y sin que nadie la viese, entró con rapidez y se ayudó de la cadera para cerrar la puerta, con cierta lentitud, pero no por completo. Dejó un resquicio abierto para poder enterarse de lo que pasaba en su rellano. Estaba cada vez más intrigada por la resistencia del animal, que no paraba de moverse. Pese a la dificultad, pudo poner la oreja lo más próxima a la ranura que pudo y escuchó.

—Entonces, todo claro, ¿no? Nos vemos a la tarde.

Los pasos se acercaron hacia el ascensor y decidió esperar a que marcharan antes de cerrar la puerta para hacer el menor ruido posible.

Todavía estaba pegada a su amigo canino. Dio varios pasos en círculo como si portase una bomba de relojería en las manos. Estaba molesta con Nieve. Bufó y se dirigió hacia el sofá soltándolo de malas maneras, pero el animal no parecía hacerle caso y, sin apenas haber tocado la tela, volvió a la puerta de entrada para olisquear por la ranura.

—Por dios, Nieve. Me vas a volver loca.

Su desespero parecía haberle provocado dolor de cabeza. Tras tocarse la frente y respirar hondo, decidió hacerle caso omiso y dedicarse a guardar la compra con parsimonia. Al acabar suspiró de nuevo y miró a Nieve de reojo. El cansancio también había hecho mella en el animal y se había tumbado en el suelo esperando una nueva oportunidad para salir corriendo.

—Anda, ven aquí, que haremos algo de comer.

Las palabras de Mai no hicieron su efecto hasta que el aroma de un filete rezumó en la sartén, como a ella le gustaba: caliente en el interior y una fina capa ocre en el exterior.

Fue el momento en el que el acompañante canino se levantó hechizado ante su parte de carne, que Mai le había cortado a trozos pequeños y puesto en su bol para después ella poder sentarse a la mesa donde, esta vez, solo había colocado su cubierto.

15

Le era imposible dejar de pensar en lo que sucedía detrás de la pared de su salón. Su acompañante parecía haber desistido en su empeño de escaparse y se había quedado dormido en el sofá, pero ella seguía inquieta.

En un arrebato, cogió una pequeña radiografía de su maletín y decidió probar si podía entrar para echar un vistazo. Sólo sería un momento y saldría corriendo para no ser descubierta. Estuvo tentada de devolver de nuevo la llave improvisada en su sitio y alejar de su cabeza la idea de investigar por su cuenta, aunque la curiosidad venció.

Le costó permitirle a Nieve adentrarse en el piso porque se resistía a dejarlo marchar.

Una vez en el pasillo, disimuló y escondió la placa detrás de su espalda. Miró a ambos lados para asegurarse de que estaba desierto. Acercándose despacio a su objetivo, encorvada, pudo encajar la radiografía en el hueco de la puerta. Dudaba de que su hazaña fuera acertada; aun así, puso todo su empeño y, con suerte, abrió.

Entró deprisa, cerrando con cuidado y remirando antes a ambos lados del corredor por si alguien la hubiese visto.

Recorrió el comedor y no vio nada extraño. El decorado, aunque lujoso, era demasiado rancio para su gusto. Un ruido imaginario parecía perseguirla a cada paso. El corazón le palpitaba acelerado y su frente parecía humedecerse. Pero algo en la cocina le resultó conocido. Lo que vio la dejó horrorizada y con el vello de punta. Las extremidades se le habían paralizado sin poder retroceder o avanzar.

En una mesa metálica, al parecer desinfectada, reconoció bisturís y material quirúrgico especial para amputar. Los conocía bien. Era extraño que aparecieran en la vivienda de unas ancianitas, aunque creyó recordar que Ana era cirujana jubilada. Negó con la cabeza. Pensó que era debido a la escuela de cocina y al material que guardaba de su anterior trabajo. Miró la nevera por inercia y la abrió. Encontró tápers apilados.

Tragó saliva antes de insistir en que sus piernas se movieran. Abrió la tapa de un recipiente y observó trozos grandes de carme. Con esmero dejó todo como lo había encontrado y cerró la puerta del frigorífico. Casi se iba cuando sus ojos se desviaron sorprendidos. Justo a su lado, en el mármol, había expuestos varios trasportines para conservar órganos humanos para su trasplante. Los reconoció al instante, incluso podría jurar que se trataba de su mismo hospital, aunque las letras impresas estaban borradas. Puede que fuera porque eran recipientes inutilizados o viejos.

—¿Qué harán estas viejas con todo esto? —cuchicheó.

Inmersa en su descubrimiento, no se dio cuenta de la presencia de varias mujeres que entraban en la estancia, las mismas que quedaron con la boca abierta cuando la descubrieron inmiscuyéndose en sus asuntos.

Se miraron sin decir nada durante unos segundos, impactadas sin duda por la visita inesperada. De repente, las cinco ancianas, vestidas como si fueran de fiesta, reaccionaron lanzándose sobre Mai hasta que la pudieron inmovilizar contra el suelo. Después la arrastraron

de los pelos y de cualquier parte del cuerpo hasta el salón, sin que su víctima pudiese hacer nada por evitarlo.

Tras atarle las manos al respaldo de un balancín con cinta adhesiva y sentarla de malas maneras, situaron a su visita delante del ventanal. Agradeció el enorme cojín que abarcaba desde el asiento al respaldo, aunque no le sirvió de consuelo. Una gran impotencia invadió todo su ser.

Aterrada, sin entender nada de lo que ocurría y antes de que pudiera abrir la boca, una de las ancianas le inyectó un tranquilizante para aturdirla mientras las otras vecinas comenzaban una charla entre ellas, tal y como si nada sucediera. Mai comenzaba a estar aturdida, pero tuvo fuerzas para farfullar:

—¿Qué está pasando? Soltadme ahora mismo.

Las mujeres rieron. Una de ellas se le acercó a la cara para observar su impotencia. Por momentos la figura iba difuminándose conforme avanzaba su estado de enajenamiento, pero enseguida volvió de forma intermitente. Era Ana, de la escuela de cocina:

—¿Quieres saberlo? —preguntó la mujer mirando a sus compañeras con una amplia sonrisa que a Mai le resulto siniestra—. Está bien. Total, no lo podrás contar a nadie.

—Debes entendernos —dijo otra de las ancianas—, elegimos a personas de avanzada edad, enfermas y solas, pero con órganos sanos. Las drogamos, secuestramos y...

—Yo tengo una silla de ruedas de mi difunto marido y la utilizamos para trasladar el cuerpo —dijo otra.

—La cirujana es la que organiza todo —prosiguió una de ellas—. Prepara los tápers con los órganos y los vende a un contacto en un hospital clandestino.

—Una de nosotras distribuye los órganos sanos en las neveras, y luego las sacamos en un carro grande de la compra.

—Las otras cortamos a trozos los restos humanos. Los que sirven para la escuela de cocina lo guardamos y, el resto, lo distribuimos por varios containeres del barrio; después, volvemos a casa con la seguridad de poder llegar de forma holgada a fin de mes. Si no, ¿cómo crees que podemos sufragar la buena vida que llevamos?

—Sí, chica. ¿Estaba rico lo que te comiste?

Las ancianas rieron a carcajadas hasta que empezaron a toser del esfuerzo.

Apenas podía levantar la mirada, cuando unas arcadas le provocaron vómitos que se esparcieron por su pecho. De tanto esfuerzo, agotada de luchar contra su asco, la víctima se durmió y las mujeres siguieron la charla entre ellas sin prestarle el menor interés:

—Acabo de ver al vecino del ático que me gusta, el que está casado con una arpía. Me han contado que su mujer lo engaña con uno del barrio.

—¿Por qué no se lo cuentas a él? Así la deja y tienes vía libre.

—No serviría de nada. Está ciego. Se ha acostumbrado a ella y es demasiado bueno. Esa mala víbora lo tiene engañado y no tendría la menor oportunidad.

—Su mujer parece enferma, está demasiado delgada. Será la próxima, no te preocupes.

Con la charla pasó el tiempo y Mai comenzó a recobrar un poco el conocimiento, aunque consideró oportuno fingir debido a su estado cautivo. En su boca quedaban restos de vómito. Intentó no devolver todo lo que le quedaba en el estómago, si quedaba algo, para no ahogarse en él. Había escuchado lo imprescindible para horrorizarse sin poder hacer nada por evitarlo. Sentía impotencia, rabia y dolor visceral. Escuchó:

—Esta noche será doble. Sacaremos una buena pasta de las dos.

Rieron las ancianas.

—Por supuesto, pero ¿tendremos bastantes trasportines?

—Claro, y si no, pedimos más. Con la nueva serán más generosos.

Al mirar de reojo la cristalera que daba a su espalda, calculó qué era lo mejor: saltar o quedarse en manos de unas locas marujas. Observó que sus secuestradoras estaban distraídas charlando entre ellas y sopesó la fragilidad de la cortina de macramé.

En un descuido se incorporó como pudo para arrimar su asiento todo lo posible al vidrio y, con disimulo para no hacer ruido, quedó sentada de nuevo. Cerró los ojos muerta de miedo. Una vez acomodada balanceó su cuerpo hacia adelante con todas sus fuerzas para, después, dejarse caer de espaldas por el ventanal. El cristal se rompió en mil pedazos y su cuerpo voló con ellos hasta que un tirón la dejó pendida a merced de la tela en los ganchos.

Por supuesto, había calculado mal y una pata de la mecedora quedó enganchada en una floritura, pudiendo amortiguar por unos segundos la fatalidad, y lo demás ocurrió demasiado deprisa.

16

Abrió un ojo, del otro no podía mover el párpado. Se encontró aplastada contra el suelo, llena de cortes, pero libre de ataduras. El balancín estaba hecho añicos. Agradeció de nuevo el cojín y que la cortina amortiguara su caída.

Entre los pitidos de su cabeza escuchó el leve murmullo de una voz conocida. Al girar la vista del ojo abierto pudo ver a lo lejos a su vecina azafata. Esta la miró con gesto de asombro y, dejando su maleta tirada en el suelo, salió corriendo hacia ella. Parecía que se acercaba en cámara lenta.

—¿Estás bien? —preguntó con acento alemán al tener el cuerpo tendido cerca. Se agachó para comprobar su estado—. No te muevas. Llamaré a una ambulancia.

Antes de que Mai pudiera responder, salieron varias mujeres del edificio y acudieron a la escena. Parecían un enjambre de abejas rabiosas:

—¿Has querido suicidarte, niña? —preguntó la primera anciana hiperventilando.

—Deprisa, la llevaremos dentro —añadió la segunda—. Soy doctora y sé lo que hay que hacer en estos casos.

—Aparta, chica —dijo la tercera empujando a Sigri—. Nosotras nos encargamos de todo. Vete tranquila.

Entre las vecinas llevaron el cuerpo a volandas ante la atenta mirada de la chica alemana. Pocas veces había quedado tan petrificada como en ese momento. Sacudió la cabeza en un intento de aclarar lo que había pasado.

Mientras la dejaban dentro del edificio, Mai pudo observar con el ojo abierto como Sigri la miraba pasmada. Le pareció que volvía donde estaba su maleta y agarraba el asa para abandonarla a su suerte. Si hubiera podido hablar le habría pedido ayuda, pero una de aquellas mujeres estaba empeñada en cerrarle la boca con la mano.

Cuando pensaba que iban a acabar con su vida, forcejeando con todas sus fuerzas pese a las magulladuras de la caída, una vez extendida en la mesa metálica y atada de pies y manos, escuchó un sonido extraño en una de las habitaciones cercanas. Parecían lamentos ahogados. Miles de secuencias posibles se agolpaban en su cabeza. Pensó que era su fin. Dejó de luchar.

Pasaron unos minutos eternos para ella, el sedante que le habían vuelto a suministrar parecía hacerle efecto. Pese a su debilidad, pudo escuchar el golpe seco en la puerta de entrada y luego cómo dos figuras borrosas entraban a la fuerza y arrestaban a sus captoras. Por un momento pensó que era un sueño, o el deseo fervoroso de que alguien pudiera rescatarla de su triste final.

—Somos inocentes —dijeron las ancianas con voz dulce mientras las enmanillaban una a una.

Detrás apareció Sigri, con un gesto horrorizado en sus ojos y la tez pálida. Las piernas le temblaban y tuvo que sujetarse a la pared para coger fuerzas y poder llegar a Mai. Cuando la alcanzó, se unieron en un abrazo intenso:

—¿Te han hecho algo, Mai? ¿Estás bien?

La víctima se quejó al sentir el estrujón.

—Lo siento —dijo Sigri aflojando los brazos—. Llamé enseguida a la policía. Por suerte han

llegado a tiempo. ¡Qué miedo he pasado!

Los policías estaban custodiando a las raptoras cuando escuchó el sonido de una ambulancia. Un agente se dirigió a Mai y a su acompañante; luego, dijo:

—Tranquilas, ya viene la asistencia. Vamos a llevar a las arrestadas a comisaría. Hemos solicitado refuerzos para que tomen pruebas y precinten el lugar del delito.

Las dos jóvenes asintieron. Cuando estuvieron a solas, Mai miró a los ojos a su acompañante y susurró:

—Tengo un terrible presentimiento, y debo averiguar si lo he imaginado todo.

—¿El qué? —preguntó Sigri con extrañeza, pensando que Mai desvariaba. Le tocó la frente.

—Escucha —dijo Mai de forma débil—. He escuchado un gemido por ahí. —Señaló con el ojo abierto una puerta cerrada.

—¿Crees que puede haber alguien más?

—Puede estar en peligro.

Mai hizo un amago de levantarse, pero no pudo.

—Espera —dijo Sigri—. Ya voy yo.

La azafata se acercó a la puerta con mucho cuidado. Posó su mano en el pomo para abrirlo. Antes de poder atreverse, miró de nuevo a Mai. Tragó saliva y, cuando iba a girar el pomo, escuchó:

—¿Qué pasa aquí?

En cuanto asomó el inspector de homicidios por la puerta quedó sorprendido. Le resultaba incomprensible la escena. Adelantándose, se dirigió hacia la azafata alemana con gesto serio, pidiendo un esclarecimiento. Primero miró a Mai para después seguir con Sigri, todavía con la mano puesta en el pomo de la puerta. En seguida comprendió lo que pasaba:

—¿Hay alguien?

—Mai me ha dicho que había escuchado gemidos aquí.

—De acuerdo, apártese.

Después de desenfundar su arma, el oficial giró el pomo de la puerta sin acierto. Parecía estar cerrado con llave. Sopesando la premura, abrió de un golpe seco, chocando un costado de su cuerpo contra la madera. Las bisagras cedieron y, ante su gesto de asombro, descubrió la escena.

Una anciana apareció tirada en el suelo, aterrorizada, maniatada y con la boca tapada con cinta adhesiva. Intentaba decir algo inteligible por su incapacidad de articular palabra. Aun así, se revolvía haciendo acopio de las pocas fuerzas de que disponía.

Tras guardar la pistola dentro de la funda, el inspector se apresuró para atender a la víctima con premura y desatarla. Al quitarle la mordaza agradeció en repetidas ocasiones que la hubiesen encontrado antes del presagiado final.

—¿Puede caminar? —preguntó el agente al librarla de sus ataduras y ayudarla a levantarse del suelo con dificultad.

—Ya está aquí la ambulancia —añadió Sigri con nerviosismo al escuchar el sonido.

En la mesa permanecía tumbada Mai. Estaba medio adormilada por el tranquilizante que le habían suministrado. Sin embargo, pudo observar de reojo la escena con un cierto sentimiento de alegría, pese a las circunstancias en las que se encontraba. Una lágrima recorrió su mejilla. Temía desvanecerse, le costaba respirar; pero, aun así, tomó una bocanada de aire lo más profunda que pudo para poder llamar a su salvadora. Debía hacer algo antes de quedarse inconsciente:

—Escúchame, por favor.

—Dime —contestó Sigri, acercándose a la cara de su vecina.

—Coge las llaves de mi bolsillo y ve a mi piso. El perro de Luisa está ahí y ella estará deseando abrazarlo.

Así lo hizo. Mientras los camilleros se hacían cargo de Mai, que ya estaba inconsciente, la azafata fue lo más deprisa que pudo a liberar a Nieve. Solo tuvo que abrir un resquicio de la puerta para que el animal saliera corriendo y fuese directamente a los brazos de Luisa.

La anciana se sorprendió con alegría de ver a su amigo peludo y lloró abrazándolo con fuerza. Al alzar la vista, fue cuando observó cómo llevaban a Mai en la camilla:

—¿Qué ha pasado?

—No se preocupe, le tomaré testimonio después de que la revise el médico. Ya tendremos tiempo de explicaciones.

—¿Qué pasará con mi perro?

—Me lo quedaré yo —dijo Sigri, cogiendo a Nieve en brazos y ofreciéndole sus caricias—. Tengo unos días libres antes de embarcar.

17

Al cabo de unas horas apareció el inspector Gonzo en el cuarto del hospital para tomarle testimonio a Mai. Al verla tumbada con los ojos cerrados, pensó que estaría dormida e hizo el amago de marchar.

La convaleciente, abrió el único ojo que pudo mover ante un crujido:

—Hola.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno —titubeó—. No es mi mejor momento, pero estoy viva.

Al sonreír se quejó de dolor y su acompañante se acercó para tranquilizarla:

—No te preocupes. Cuando descanses debo hacerte unas preguntas. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré, aunque estoy todavía un poco aturdida.

—Haremos una cosa. Como sabes a la perfección como funciona esto, te dejaré una libreta para que apuntes todo lo que recuerdes. Será mejor que te repongas antes y que visualices todos los detalles con más claridad. Más tarde vendré y podremos charlar con más calma.

—Me parece bien. Pero ¿podría decirme como está Luisa?

—Claro. Estaba ingresada en este mismo hospital. Le acaban de dar el alta. Está en estado de shock, como supongo lo estarás tú.

Asintió frunciendo los labios. El ojo parecía pesarle, pero intentaba mantenerlo abierto con todas sus fuerzas.

—No te preocupes, es normal que al principio estés confundida —dijo el hombre cogiendo una silla y acercándola a la camilla. Se sentó al lado de Mai—. Aunque, gracias a ti, hemos desarticulado una banda de traficantes de órganos que se nos resistía. Una de las componentes fue cirujana antes de inhabilitarla, y parece ser la encargada de las operaciones.

—Lo recuerdo —dijo acercando una mano a su boca al darle una arcada.

—¿Estás bien? —preguntó el inspector, preocupado.

—Sí, me he acordado de algo que…

—Hay más —El hombre hizo una pausa antes de seguir con la charla—. Atando hilos, hemos encontrado el contacto que distribuía los órganos —miró a Mai y dejó pasar unos segundos antes de continuar—. Y la conoces: es médico forense de La Gacela.

—¿Cómo?

Ante la noticia Mai no pudo quedar quieta y se incorporó demasiado deprisa, provocándole un dolor insoportable en las costillas.

—Quieta. Será mejor que descanses —dijo Gonzo haciendo el amago de levantarse de la silla—. Hablaremos más tarde.

—Siga, por favor —rogó tumbándose con cuidado—. Necesito saberlo todo.

—Está bien —Se acomodó en su asiento para acabar la charla—. La han delatado las supuestas delincuentes a cambio de no entrar en la cárcel.

—¿Van a salir libres? —preguntó con gesto horrorizado.

—Tranquila, hemos hecho un trato: la avanzada edad será un atenuante y, después del

informe médico, quedarán recluidas en una residencia.

—Para siempre, espero —aseguró, suspirando aliviada al observar el asentimiento de su acompañante—. Pero no entiendo nada.

—Lo sé. Es difícil asimilar que te ha engañado la persona que te instruía, y que era una delincuente y principal responsable de una organización de tráfico de órganos.

—Pensaba que conocía bien a Nina.

—Puede ser duro destapar la verdad, pero desconocerla es peligroso. Escucha, no debes sentirte culpable. Hacía muchos años que estaba metida en esto y ayudada de los contactos internos que tenía suministrando los órganos en trasportines que debían ser desechados.

—Es increíble.

Se sintió dolida de cuerpo y de mente.

—En su testimonio —dijo el agente recalcando las palabras—, ha mencionado algo de ti.

—¿De mí? —preguntó exaltada—. Yo no tengo nada que ver con…

—Tranquila, lo sé.

—Sorpréndeme.

—Está bien. Ha hecho referencia a un análisis que enviaste por mensajería con una nota que deducía un asesinato con cianuro. ¿Es cierto? —Torció la boca—. Sé que el marido de tu madre ha fallecido hace poco y que ella ha querido ingresar en una residencia por su propia voluntad —dijo Gonzo acercándose al oído de Mai—. Dime, la amiga de la que hablaste en comisaría… se trataba de ella ¿verdad? —Avergonzada, no pudo más que asentir—. Te quiero proponer un trato.

—Para nada pienso delatar a mi…

—Escucha y no te exaltes. Quiero proponerte para policía científica.

—De eso nada —Negó con la cabeza—. Dejo esto.

—No digas tonterías. Tú sirves para esto. Si no, ¿cómo decidiste entrar en el piso de tus vecinas?

—Pues…

—¿Con qué abriste la puerta?

—Con una radiografía pequeña de mi maletín.

—Tienes instinto, recursos y valentía.

—No me ha ido del todo bien que digamos —dijo examinando su cuerpo tumbado en la camilla.

—Tendrás tiempo para pensarlo hasta que te repongas.

—Desembucha.

—Hace tiempo que los altos cargos planean un equipo especial. Será secreto y muy valioso para esta sociedad —dijo Gonzo levantándose de la silla y dejando una libreta en la camilla, al lado de la mano de la convaleciente—. Cuando lo medites me llamas. —Asintió con gesto sorprendido—. Ah, toma —Sacó de su bolsillo una nota y la entregó a Mai—. Es mi gesto de buena voluntad.

Ella agarró el papel, que parecía pesar en su mano, y lo dejó caer encima de su estómago, derrotada. Reconoció al momento su propia letra. Era la carta que adjuntaba la muestra de Dante que envió a Nina.

Cuando estuvo sola, la nota quedó hecha añicos.

18

Había pensado mucho en su madre mientras estaba convaleciente. La llamó en cuanto tuvo el alta médica en sus manos, mintiéndole: aseguró haber hecho caso de su consejo y que se había ausentado unos días por vacaciones en la costa. Quedaron en verse.

Dudó si desviarse a su piso y visitar a Luisa primero. Aunque estuvo con Nieve por pocos días, lo echaba de menos. También deseaba agradecer a Sigri que le hubiera salvado la vida. Ganó la batalla su madre.

Al entrar en el edificio quiso presentarle sus disculpas a Maite por haber estado ausente y, de paso, preguntar por el estado de Paula. Tras asegurarse de que estaba bien, suspiró aliviada. Se veía sometida a demasiadas presiones y temía perder el juicio.

Parecía que Paula estaba entretenida y no se percató de su visita. Mai tuvo que acercarse a la partida y tocar la espalda de su progenitora:

—Hola, hija —dijo volviendo la cabeza con una gran sonrisa en sus labios. ¿Cómo han ido esos días de vacaciones?

Secundando el gesto, aunque un poco forzado, fue a darle un leve beso en la mejilla. Notaba a su madre alegre y feliz. Sus ojos parecían rebosar vida, aunque ella se debatía en un mar de dudas.

—Bien. ¿Podemos hablar un rato?

—Por supuesto. Vamos al jardín.

Así lo hicieron, pero era diferente a la primera vez que lo recorrieron. Paula parecía haberse convertido en una residente muy popular y regalaba sonrisas y saludos a diestro y siniestro. Una vez sentadas, la anciana deseaba más confidencias:

—Cuéntame cómo te ha ido.

—Nada de especial. He descansado mucho.

—¿Y Nieve? —preguntó un poco molesta por los pocos detalles que le ofrecía su hija.

—Está con Luisa, mi vecina. Te dije que no era mío. Solo lo cuidaba mientras ella estaba ausente.

—Así me gusta, hija. Que tengas vida social —Al examinar su cara limpia, sin rastro de maquillaje, preguntó—. ¿Has roto con tu novio?

—¡Mamá! Estoy demasiado ocupada para eso. Además, sabes que yo nunca…

—Me da lo mismo si es novia o novio, pero me gustaría que fueses feliz.

—Lo sé, mamá.

—Ahora soy una mujer feliz y liberal —dijo con la cara iluminada—. Hasta me he apuntado a pintura.

—Vaya —expresó impertérrita—. Me alegro mucho.

—Ahora soy una mujer moderna.

Las dos mujeres rieron.

—Quería decirte —el gesto de Mai cambió su semblante a serio—, que me han recomendado para agente de homicidios. Siempre ha sido mi sueño, pero...

—Hija, cuidado con los sueños. Cuando los alcanzas dejan de ser sueños.

Esa respuesta le sonaba de alguien que traicionó su confianza. Aunque ahora era diferente. Mientras miraba a Paula, ilusionada, con ese brillo en los ojos por su nueva vida, deseo que ese momento durara por toda la eternidad. Que recordase, jamás había estado tan unida a su madre.

Examinó sus arrugas intentando descifrar el dolor que albergaban. Fue imposible impedir que lanzarse una pregunta que le martilleaba la cabeza:

—Dime, si alguien te hubiese tendido una mano para poder escapar del infierno que viviste con mi padre, ¿la hubieses aceptado?

—Hija, eso ya pasó —Sus ojos humedecieron—. Lo único que deseo es olvidarlo. Ahora estamos bien.

—Lo sé, solo era una duda.

La anciana miró al cielo en un intento de contener sus lágrimas y lo cruzó siguiendo a un pájaro. Al desaparecer el ave, quedó prendada del infinito y dijo sin dirigirse a Mai:

—Te lo dije. Tenía miedo. Si me marchaba podría perderte y, si me encontraba, me mataría. No tenía escapatoria posible.

—Entiendo —dijo con un nudo en la garganta—. Pero quiero que me respondas, por favor —rogó con el tono débil—. Será la última vez que hablaremos de esto si quieres. Es importante.

—Está bien —dijo removiéndose en su asiento para quedar frente a su hija—. Si hubiera habido alguna forma de que las dos desapareciéramos del mapa y jamás nos hubiera podido encontrar nadie, sí lo habría hecho; pero en aquel momento, era imposible. Sabes que era policía y nos hubiera perseguido hasta el fin del mundo.

Al ver las mejillas de su madre inundadas de lágrimas, esta vez sinceras, todo su cuerpo convulsionó. Apenas tenía fuerzas para seguir con la charla, pero hizo acopio de fuerzas con un suspiro:

—Gracias; solo quería saber eso.

—¿Tienes frío? —preguntó al observar que su hija tiritaba.

Negó con la cabeza, antes de que las dos mujeres se fundieran en un abrazo.

El resto de la tarde lo pasaron charlando de cosas nimias, aunque importantes para estrechar lazos.

19

De camino a casa pasó por la escuela de cocina donde empezó todo. Sus piernas desobedecieron el impulso y fueron hacia el cartel colgado en la puerta. Leyó: “Se traspasa”.

Quedó inmóvil durante unos minutos, inmersa en los pensamientos de una serie de escenas vividas los últimos días. Frunció el ceño y apretó los labios. Podía salir bien o estamparse, pero necesitaba un nuevo rumbo. Era requisito vital aclarar de una vez por todas qué significaba para ella cumplir su sueño, o si era mejor olvidarlo y seguir por un camino diferente. Tras suspirar, prosiguió su ruta.

Justo al entrar en su edificio le entraron ganas de marcharse de nuevo. Sintió escalofríos al recordar a sus captoras, y por todo lo que había pasado. Dio media vuelta, pero una voz la interceptó en su intento de huida:

—Mai, ¿te han dado el alta? —dijo Sigri. Arrastraba la maleta con gran sonrisa—. Cuánto me alegro de verte.

La azafata parecía emocionada, pero su acento hosco daba semblanza de estar de mal humor. Nada más soltar el equipaje se abalanzó a ella y la apretujó en un abrazo.

La convaleciente se quejó.

—Lo siento —se excusó Sigri soltándola.

—He venido a recoger algo de ropa. Creo que me quedaré en casa de mi madre ahora que está en la residencia.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Seguro que quieres mudarte? —Sigri puso morritos exagerando su gesto de desencanto—. Ahora que nos hemos hecho amigas y que tengo unos días libres podríamos quedar y charlar un rato. —Hizo una pausa, como si se le hubiese ocurrido una idea—. Tal vez hacer un viaje juntas.

—¿Cómo?

—Puedo invitar a familiares y amigos para que me acompañen en mis vuelos, gratis. Con tanto viaje tengo muy pocas amigas, pero sería genial que vinieras conmigo en algún trayecto. Estarías sentada con las oficialas de vuelo.

—Me lo pensaré. —Sonrió—. Puede que acepte. —Hubo unos segundos de ausencia—. Se me ha ocurrido algo... Acepto la charla y te comento.

—¿Ah sí? ¿Te quedas? —preguntó con los ojos ilusionados.

—La verdad es que no me apetece demasiado estar en un piso tan grande para mí sola. —Silenció unos segundos para pensar—. También quiero darle las gracias a Luisa, y echo de menos a Nieve.

—Claro, es una mascota muy buena —dijo Sigri de forma alegre. Asió su maleta e hizo el amago de marcharse. Volvió la cabeza emitiendo una gran sonrisa—. Piénsalo y me dices algo.

—Vale, pero ten cuidado. Cierra con llave y no abras a nadie.

Las dos rieron.

La siguiente parada era la de Luisa y Nieve.

Se acercó a la puerta de su vecina y puso su mano en el timbre. El fluorescente del ascensor ya no chisporroteaba. Suspiró aliviada en señal de buen augurio. Antes de apretar el pulsador, escuchó un sonido conocido detrás de la puerta. Reconoció a Nieve olisqueando por la ranura. A los pocos minutos advirtió unos pasos torpes:

—¿Qué te pasa? —susurró Luisa—. Vuelve al comedor.

—Soy Mai.

A los pocos segundos la puerta se abrió descubriendo los ojos impertérritos de Luisa mientras Nieve saltaba a los brazos de ella, que tuvo de agacharse para recibirlo.

—¿Estás bien? ¿Ya te han dado el alta?

—Si, sí. ¿Podemos hablar?

—Claro, pasa.

El pasillo estaba decorado con hileras de cuadros. Al llegar al último le fue inevitable fijarse en la autora. Era Luisa. Lo último que podía imaginar de esa mujer, que ahora parecía hacer cambiado el carácter amargo por uno amable y agradecido, era que pintara. Sonrió al recordar la charla con su madre. Pensó que ellas dos se llevarían bien.

—¿Son tuyos? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

La autora sonrió satisfecha.

—Sí. Desde que me quedé viuda empecé a pintar. Decían que era una actividad beneficiosa para la salud. Aunque al principio encontré en ello el remedio a mi soledad, después parecía no servir para nada, hasta que me topé con Nieve. —Se sentó en el sofá y dio golpecitos con la mano en la tela para que su acompañante la secundara—. Te preguntarás por qué le puse ese nombre.

Se acomodó al lado de Luisa. Su mascota dio un salto para ponerse en el regazo de la anciana.

Ante la afirmativa de su visita, Luisa prosiguió:

—Lo encontré de cachorro hurgando en la basura. Tendría seis meses, creo. Ahora calculo que podría tener ocho años. Fue aquel invierno de la gran nevada —dijo con la mirada perdida, intentando recordar—. Pues eso, cuando me miró con los ojitos asustados, tiritando de frío, me fue imposible dejarlo allí y me lo traje a casa. Hasta ahora ha sido mi fiel compañero.

—Es una historia preciosa —dijo alargando la mano para acariciar la cabeza del animal.

—¿Quieres beber algo?

—Gracias. Un vaso de agua.

Mientras Luisa iba a la cocina, Mai se entretuvo observando el decorado del salón. Parecía una vivienda austera. Entristeció al pensar que una viuda pueda quedar a merced de una paga mísera, aunque sería incapaz de preguntarle nada al respecto. Después, su gesto ennegreció al pensar en cómo se ganaban ese sueldo extra las delincuentes de sus otras vecinas.

Al verla venir se acomodó para disimular, acariciando de nuevo al agradecido can, que parecía encantado con la visita.

—Dime, Luisa ¿Cómo estás de…? ¿Estás recuperada?

—Sí. Gracias por preguntar. Al principio fui a un psicólogo, que me trató y sentí un gran alivio. ¿Sabes que me culpaba de mi secuestro? —. Tomó una bocanada de aire para coger fuerzas y proseguir—. Aún voy, estoy mejorando, y luego lo tendré que dejar porque mi paga no me llega para muchas cosas.

—Lo entiendo. Es una pena.

Hubo un mutismo incómodo cuando la visita parecía haberse evadido muy lejos. En un intento de tender la mano sin ofenderla, Luisa preguntó en tono dulce:

—¿Estás bien?

—Si, sí. No te preocupes por mí —Miró a la anciana con fijeza y le cogió las manos—. Escucha, tengo en mente un proyecto, y eres la mujer idónea.

—¿Cómo?

—Será algo que te aportará un dinero extra y, además, contento personal. ¿Te apuntas?

20

Una mujer treintañera arrastraba un carrito de la compra con peligro de tropiezo antes de entrar al mercado. Nerviosa y trastabillando, miraba hacia todas partes como si la estuvieran acechando de cerca. Parando un momento para coger aliento, sujetó el asa con fuerza, como si llevara un secreto dentro de la lona. Notaba los latidos de su corazón acelerándose por momentos, temiendo que se partiese en su pecho, como varias de sus costillas, que aún sentía doloridas. Pero una voz le erizó el vello y la hizo reaccionar:

—Nena, te espero en el bar. No tardes demasiado, ya sabes.

Ella se giró levemente, lo justo para asentir con una sonrisa amarga y desaparecer por la entrada. Estaba ansiosa. El resuello agitado provocó algún tropiezo con las demás compradoras. Se le nublaba la vista de ansiedad, entrecerrando los ojos a la espera de recuperar las fuerzas. No era tiempo de desfallecer.

Se dirigía hacia la carnicería donde se centraba la mayor parte de la gente. Soltó un momento el carro sin perderlo de vista para bajarse las mangas del abrigo y que nadie viera las señales. Al instante acudió a su encuentro una septuagenaria que le dijo unas palabras al oído.

Las dos entraron juntas en el servicio, en silencio. Nada más llegar, la anciana la consoló con cautela:

—Tranquila. —Alzó la mano para dirigirla hacia el pecho, sin tocarla. El movimiento involuntario del busto subió y bajó en un son rápido y acompasado, marcando el principio de un ataque de ansiedad—. Todo va a ir bien.

Una leve sonrisa compartida era la señal de que podía continuar:

—Deja el carro en una esquina —señaló con la mirada una zona apartada al lado del lavamanos para, después, ofrecerle lo que llevaba en una mano—. Toma, una bolsa vacía para que introduzcas el abrigo y los zapatos.

La mujer asintió con los ojos vidriosos; después, obedeció.

Sacó prendas nuevas de otra bolsa y se las entregó:

—Cámbiate dentro de un servicio. Deprisa.

Una vez hecha la muda y antes de marchar, la anciana introdujo su mano en el saco de plástico para asegurarse de que en el abrigo estaba la credencial. Luego salieron por otra puerta diferente a la que habían usado para entrar.

Caminaron deprisa y en silencio hasta cruzar la calle; allí les esperaba un vehículo de color negro.

Con urgencia y nerviosismo, ella le hizo un gesto con la mano arrugada a su acompañante para que entrara. Pero parecía reacia y, sin atreverse del todo. Antes de obedecer el gesto, echó un vistazo a la parte de atrás del vehículo y suspiró aliviada al escuchar:

—Entra —manifestó una voz femenina con acento alemán—. Ha llegado el momento. —Una vez en el interior, extrajo un sobre de su bolso y se lo entregó a la recién llegada—. Es tu nueva identidad. Guárdalo hasta que lleguemos. —Su acompañante lo atrapó y, con las manos temblorosas, lo introdujo en su bolsillo. De inmediato, fue hacia el conductor para indicarle—:

Adelante.

El coche desapareció entre los demás vehículos ante la atenta mirada de la septuagenaria. Una vez lo perdió de vista, se puso en marcha alzando la mano para pedir un taxi y dirigirse hacia la playa de la Barceloneta.

Hacía un viento molesto, y estuvo a punto de llevarse la bolsa que agarraba como un tesoro. Era un día laborable y no había demasiada gente en la arena. Algunos caminaban por el paseo, aunque a nadie le preocupaba lo que hacía una mujer de su edad descansando en la playa.

Esperó unos minutos hasta mezclarse en el ambiente. Tampoco demasiado tiempo, lo justo para encontrar compañía lo suficientemente cerca y escucharla gritar lejos ocultando sus movimientos.

Tras mirar a ambos lados, introdujo las manos en la bolsa y sacó unos zapatos para, de inmediato, tirarlos de cualquier manera en la orilla y, después, hacer lo mismo con el abrigo que lanzó al agua. Arrugó la bolsa vacía para introducirla en su bolsillo.

Todo estaba listo según lo planeado. Le costaba levantarse de la arena por sus torpes movimientos, pero utilizó todas las fuerzas de que disponía y, una vez incorporada, se alejó unos metros, pareciendo que paseaba por la playa como hacen muchas personas, aunque no ese día.

Se retocó el cabello que parecía volar. Entonces, respiró hondo y, agitando las manos, gritó horrorizada. Hasta se asustó de su interpretación. Gritaba cada vez más fuerte hasta llamar el interés de unos chicos que jugaban a voleibol, a lo lejos. Ante los quejidos de la mujer corrieron hacia ella pensando que le había ocurrido algo; al llegar, sofocados, le preguntaron:

—¿Está bien?

—¿Qué ha pasado?

—Es horrible. He visto cómo una mujer se ha quitado el abrigo y los zapatos y se ha metido en el agua vestida —sollozó la anciana señalando con insistencia al agua—. En un momento, ha desaparecido.

En un principio, los jóvenes hicieron el amago de entrar en el mar, pero el agua estaba demasiado picada y decidieron llamar a emergencias.

A los pocos minutos se presentaron los guardacostas para peinar la zona, y varios agentes tomaron testimonio a los declarantes.

Después de haber explicado a los policías lo que había visto, la septuagenaria esperó pacientemente. Intentó no delatarse con una inoportuna sonrisa, y decidió apretar los labios.

No tardó mucho en llegar un hombre corpulento gritando un nombre de mujer. Parecía enloquecido. Los agentes, al verlo en ese estado, intentaron detenerlo, pese a haberlo llamado ellos. En un forcejeo, consiguió librarse de sus obstáculos para salir corriendo y tirarse al agua desesperado. Buscaba una señal que le devolviera lo que había perdido hacía tiempo.

Pasaron unos minutos tensos donde los agentes lucharon contra las olas y los manotazos del hombre que se resistía a abandonar la búsqueda. Después de mucho esfuerzo y tesón, lograron sacarlo y, entre varias personas, lo alejaron de la orilla. Pero se desmoronó y cayó de rodillas, derrotado ante su impotencia al haber perdido la batalla. Lloraba sin consuelo.

La anciana observaba todo con detenimiento, sin perderse el más mínimo detalle. Sabía de buena mano que no había nadie dentro del mar. Al menos, la persona que todos creían ahogada. Con todo resuelto, según lo programado, marchó de forma pausada, evitando un gesto delator.

A los pocos minutos llegó al paseo marítimo y fue hacia el aparcamiento, donde la esperaba el mismo vehículo que recogió a la mujer del mercado. Entre el conductor y ella no se dirigieron la palabra. Los dos tenían muy claro su cometido.

En silencio, se apeó en la entrada de un local. Al bajar del coche, este se alejó hasta

desaparecer. Durante unos segundos se detuvo frente al cartel de la puerta y leyó en voz alta:

—Escuela de cocina para vampiros.

De inmediato decidió entrar y, sin saludar a su jefa, sacó la bolsa de su bolsillo para ponerla en un cubo de basura vacío. Satisfecha, respiró hondo antes de colocarse un delantal y mirar el reloj de la pared. Todavía no había llegado nadie a la clase, pero pronto llegarían. Mientras ataba el lazo a la espalda desvió la vista para observar a la mujer que interceptó su gesto a través de la cristalera que daba al despacho. Asintió con un alzamiento de cabeza y ambas sonrieron levemente.

Pronto empezaron a entrar los primeros integrantes del grupo. Mai observaba el goteo de alumnos con mucho interés, hasta que poco a poco llenaron todas las plazas. Estaba nerviosa y sentía una fuerza en el pecho que aplacaba con su mano. Esperaba una llamada importante. A los pocos minutos sonó el teléfono. Descolgó y se puso el auricular en su oído. Sabía quién era la persona que llamaba, aunque fuera con número oculto y, además, que procedía del extranjero, pero desconocía el lugar exacto. Atendió, y solo escuchó silencio. Nadie dijo nada, tampoco ella. Colgó con gesto satisfecho.

De inmediato, alzó la vista hasta encontrarse con Luisa que, mientras prepara la clase, estaba más atenta a lo que ocurría en el despacho que delante de ella. Al cruzarse sus miradas, las dos mujeres se dieron una señal, alzando de forma sutil la cabeza. Cogió aire y volvió a descolgar el teléfono para marcar el número del inspector Gonzo.

La señal de que todo había salido según lo previsto era el silencio de Mai.

Fin.

SOBRE LA UTORA



Merche Maldonado Ruiz nació el año 1966 en Mollet del Vallés, Barcelona. Trabajó durante 23 años como administrativa, hasta que la crisis devastara la relación laboral, convirtiendo su hobby en su entera ocupación.

Tiene preferencia por el género de fantasía, misterio y ciencia ficción, aunque siempre incluye romance y temas sensibles.

Obras literarias:
La isla de Trébola
El reflejo de la amapola
Odio la vainilla
La dama de Cata Nobel

Libros solidarios en los que ha participado:
Luces y sombras: antología de escritores amigos
Que entre la luz
39 saltos en el charco
Antología solidaria Stop Alzheimer
Donde se encuentran las almas
La niña dormida